

VIERNES LITERARIO

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal del diario PUEBLO

Viernes 16 de octubre de 1981

ENTRE LOS CENTENARIOS TERESIANOS DE ESTE SIGLO (1915 - 1982)

PROSAS PROFANAS EN LOOR DE TERESA DE JESUS

PORQUE Santa Teresa ha tenido buena Prensa en la prosa profana. (No digo la religiosa. Su estallido entre los franceses amaneció con la afirmación de que ella es «el escritor más personal que ha tenido el genio español y tal vez el genio cristiano».) ¿Cómo se ha producido ante ella el escritor español entre los dos centenarios, entre 1915 y los días que corren? El enorme gancho teresiano —difícil escribir de ella sin entusiasmo, con estricta frialdad científica o retórica— ha tenido en este tiempo sus obstáculos. «Desde esta ladera» —como diría Dámaso Alonso al hablar de San Juan de la Cruz—, desde la prosa profana, el ensayo de libre inspiración, el «discurrir a lo libre», que diría Gracián, más o menos investido o cargado de pruebas implícitas o explícitas, ha repugnado, por de pronto, formar, sin más, en el coro de tantas exaltaciones religiosas formalistas y nuevas que con el tiempo fueron aumentando su proclividad a la simbolización patrioterica, con todo lo que esto comporta de ganga y de charanga, de conformidad beata en motivos y razones que se tienen de pie obstinadamente, como el «tente-en-pie», por el plomo oculto de la base. La misma o mayor repugnancia ha producido afiliarse al signo de lo patológico que parecía imponerse tras de los escritos, al final del pasado siglo, del belga G. Hahn —«Los fenómenos histéricos en las revelaciones de Santa Teresa» y la aplicación del freudismo a los arrebatos místicos en algo más del primer cuarto del siglo presente—. Un fino escritor de los años treinta, Teófilo Ortega —pronto desaparecido y mucho más pronto aún voluntariamente enmudecido—, a quien sedujeron temas y figuras de la literatura de su entorno castellano y que se sintió especialmente atraído por la figura de Santa Teresa, haría constar en un subtítulo a su libro «Vuelo y surco de Teresa Sánchez» esto: «Lejos de la santidad y del histerismo.» Igual haría unos años antes Ortega y Gasset, y ya más recientemente Américo Castro, recordando un trabajo suyo de 1929, «Santa Teresa», y que recuerda en 1967, cuando ya han hecho gran camino sus tesis sobre la significación de la reforma de Santa Teresa, hija de judíos conversos en la convivencia conflictiva española de los Siglos de Oro. En un artículo del ya entonces infatigable de curiosidad intelectual nuestro Guillermo Díaz-Plaja, se ha de enterar de que su libro añorado había sido declarado «libro del mes» en octubre de aquel año por un tribunal constituido por Gómez Baquero, Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Salaverría, Díez-Canedo, Pedro Sainz Rodríguez y Ricardo Baeza. (Quiero añadir que a la categoría del tribunal que nombra orgullosamente Américo Castro habrá que mencionar el teresianismo de todos sus componentes en libros específicos o de otro tema y en trabajos periodísticos.) Escribe así Américo Castro en su libro «Teresa la Santa y otros ensayos», publicado por Alfaguara en 1972: «Lo escrito por mí sobre la obra de Santa Teresa en 1928 y publicado en 1929 intentaba reaccionar contra la tendencia, entonces muy difundida, de considerar los trances místicos de la futura Santa y su forma de expresarse como un reflejo de crisis neuróticas y femeniles. Tampoco me parecía razonable mantener reclusos los estudios teresianos en áreas estrictamente religiosas, sin tener presente que la experiencia religiosa es un aspecto —no un pegadizo— del vivir humano.» Todavía ayer mismo, en su brillantísima conferencia de la Fundación March, el catedrático de la Universidad de Salamanca Víctor G. de la Concha, autor del definitivo libro «El arte literario de Santa Teresa», había de repetir algo parecido a lo de Teófilo Ortega: «Ni desde la clínica ni desde el altar.»

El 28 de marzo de 1515 nace, en Avila, Teresa de Cepeda y Ahumada. El 4 de octubre de 1582 muere, en Alba de Tormes, esta misma persona a quien llaman Teresa de Jesús. El día siguiente es 15, en lugar de 5, en virtud de la corrección del calendario ordenada por Gregorio XIII. Y el 15 será, una vez beatificada —no tardaría mucho— en cada octubre, el día de Santa Teresa. Por iniciativa de sus hermanos en la Orden se ha anticipado un año el centenario y a él nos hemos aprestado de buena gana la grey literaria: simposios, conferencias, espacios en los medios de comunicación...

Escribe Dámaso SANTOS

Una tercera prevención sería generalizada por los noventaentistas, con D'Ors y Ortega, defensores del racionalismo frente a la inefabilidad de los místicos. No vacilará el catalán en multitud de glosas, aun siendo uno de los mejores reconocedores del prodigioso estilo literario de Teresa —coincidiendo con Azorín en que el estilo de Teresa se está haciendo ante nuestros ojos—, y será terminante Ortega, valedor de teólogos frente a místicos, aunque, tras de exponer el motivo de su recelo frente a las cajas japonesas de «Las moradas» teresianas, escriba como atenuante, y alzando con ello una de sus alusiones admirativas más estimulantes: «Quiero indicar con esto que la discreta actitud ante el misticismo, en el sentido estricto de esta palabra, no debe consistir en la pedantería de estudiar a los místicos como casos de clínica psiquiátrica —como si esto aclarase lo esencial de su obra—, oponiéndole a otras objeciones previas, sino al revés, aceptándoles cuanto nos proponen, tomándoles por la palabra». Si. Hay muy hermosas prosas profanas sobre Santa Teresa a lo largo del siglo —versos también— en los noventaentistas Unamuno, Antonio Machado y Azorín. Así como en los noventaentistas Américo Castro, Ortega, D'Ors y todos los mencionados como miembros del tribunal literario antes mentado; en los prosadores paralelos a la generación lírica de 1927 —los Bergamín, Eugenio Montes, Giménez Caballero, Víctor de la Serna, el antes dicho Teófilo Ortega—, que acompañan con sus modulaciones líricas o filosóficas a la investigación y crítica literaria de los siglos de Oro, la historiografía más última. Esta vez el ejemplo de Menéndez Pelayo no ha servido para mucho, pues le había arrebatado sin distinción la exaltación religiosa y española más gruesa. Vienen de fuera estímulos como los de Cuninghame Graham (en libro de 1894 que traduce en 1927 el P. Mir), Moral y Fatio, Gaston Etchegoyen, Bataillon, Pfand... No surge, en su momento más literario, los años treinta, la biografía con calidad de página. Ortega, que por entonces las encarga de distintas figuras de la historia española, igual que encargara a Rosa Chacel la vida de otra Teresa, Teresa Mancha, la amada de Espronceda, podía haber confiado a su otra discípula, María Zambrano, la de Santa Teresa. Hay una, la de José María Salaverría, de 1920, que sería corregida y ampliada años después, en la posguerra. No es la merecida para el momento ni tan siquiera lo mejor de su autor. Hay, sí, traducciones de estimables biografías escritas fuera. Nos hemos referido a un libro de Graham. Será traducida en 1927 la biografía escrita por Louis Bertrand; hay otra en 1922 (sin traducción que yo sepa; se traduce en 1957 la de Thomas Walsh), de Marcelle Auclair. Todavía gravita la primera española, la de Francisco Ribera, publicada en Salamanca en 1590 —pocos años después de la muerte de la Santa—, y que es reeditada para este siglo que vivimos, en 1908, por el P. Jaime Pons. Una incidencia biográfica en el teatro, «Teresa de Jesús», de Marquina, en 1933. (De Antonio Gala hemos visto unos buenos minutos teatrales en televisión.) Sale la obra de Marquina el mismo año en que se estrena «El Divino Impaciente», de Pemán. Ambas piezas —sin quitarles los méritos que tengan—, dentro de la reacción poco profundizante del neoneocatolicismo. Y en la novela «Tres novelas teresianas» —muy vivaces y en la línea de A. Castro—, de Ramón J. Sender, publicadas en 1967. ¿Cómo no alinear entre lo literario más positivo la obra biográfica, crítica, filológica, y



¡Teresa, alma de fuego;
Juan de la Cruz, espíritu de llama;
por aquí hay mucho frío, padres, nuestros
corazoncitos de Jesús se apagan!

Antonio MACHADO
(«Proverbios y Cantares»)

(Pasa a la pág. siguiente.)

Congreso en Caracas

EL II Congreso de Escritores en Lengua Española se inaugurará el próximo domingo en Caracas. El primero tuvo lugar hace dos años en Las Palmas de Gran Canaria. El salto a América debe ser prueba y garantía de continuidad e institucionalización.

EN la inminente edición los organizadores, a cuyo frente se halla el escritor Guillermo Morón, han diseñado el siguiente temario: 1.º, Aportación de la cultura en lengua española a la cultura mundial. 2.º, Identidad de la cultura hispanoamericana. 3.º, Orientación y formas de la literatura en lengua española. 4.º, Responsa-

bilidad y situación del escritor en la sociedad contemporánea. 5.º, Televisión, radio y cine: reto a la escritura. 6.º, Instituciones y mecanismos de la cultura.

POR parte española, aunque sin confirmar, podemos adelantar la presencia en dicho congreso de Fernando Savater, José María Guelbenzu, Félix Gande, Luis Rosales, Carlos Barral, Manuel Andújar, Fernando Quiñones, Santos Amestoy, Armas Ayala, Armas Marcelo, Sánchez Dragó, Ricardo Gullón, Hipólito Escolar, Federico Sopeña, Juan Cueto, Vaz de Soto, José Esteban, Alicia Cid...

CANETTI

Premio Kafka
y
Premio Nobel



A finales del mes pasado fue concedido al escritor judío-búlgaro Elias Canetti, de setenta y cinco años, el premio rrauz Kafka considerado como el más importante de las letras alemanas. Este premio, instituido en memoria del escritor checoslovaco en lengua alemana, lo concede anualmente la ciudad austriaca de Klosterneuburg, próxima a Viena, en cuyo cementerio está enterrado Kafka, y está dotado con una cantidad que se aproxima a los seis millones de pesetas. Ahora acaba de serle otorgado el premio Nobel de Literatura.

(Pasa a la pág. siguiente.)

CANETTI: PREMIO KAFKA Y PREMIO NOBEL

(Viene de la pág. anterior.)

ESCRITOR deliberadamente incatalogable. Canetti siempre ha rehuído la tentación de escribir para ganarse un determinado público, confiando en que una obra, producto de una vocación artística cuya aspiración sea la de llegar a ser alguien a quien uno mismo pueda admirar, un trabajo que cuestione sin cesar y con intransigencia la propia posibilidad de hacer arte, encontrará, al fin y al cabo, al público que se la merezca. Y por ello es Canetti en la actualidad un escritor semi-desconocido incluso para un público culto.

NACIDO en 1905 en Rutschuk, Bulgaria, perteneciente a una familia de judíos sefardíes (por lo que su primer idioma fue el ladino), a los seis años se trasladó con sus padres a Inglaterra, y en 1913, tras la muerte de su padre, se instaló en Viena con sus dos hermanos pequeños y su madre. Posteriormente cursó estudios en Zurich y Frankfurt. Luego siguió la carrera de Ciencias Naturales en Viena hasta 1929, año en que se doctoró. Desde entonces escribe. Luego de muchos años en Inglaterra, se estableció y vive en Zurich.

LA primera obra que le dio el reconocimiento como escritor fue *Auto de Fe* (1935) (1), concebida a los veinticuatro años como inicio de una serie de obras que hubieran querido ser una «Comedia Humana» de la locura. Sólo llegó a escribir la primera, que trata del «dico de los libros», del intelecto puro, monomaniaco fácil de engañar cuando está separado de sus libros, en la vida callejera, que al retornar a su refugio después del horrible exilio se inmolará con ellos, incinerándose. Libro en el que Canetti describe sus obsesiones creando una fantasía trágica de lo que podría ser su propia existencia. La ocasión que puso en movimiento tanto su capacidad narrativa como la preocupación reflexiva aparecida posteriormente a su obra *Masa y Poder* (1960) (2) fue el incendio del Palacio de Justicia de Viena, el 15 de junio de 1927, por una turba exasperada y los acontecimientos que le siguieron, en los que Canetti se vio envuelto: «Más que nunca quedé decidido a descubrir qué era, en realidad, la masa que me había dominado desde fuera y desde dentro. Quería investigar todo lo que había experimentado como masa, por medio de las vías más diversas y en apariencia muy lejanas unas de otras. Buscaba en la historia, pero en la historia de todas las culturas... Siempre me han fascinado la historia y la antigua filosofía chinas.»

Un atento enemigo de la muerte

Escribe Tomás MARCH

Y así, después de que *Auto de Fe* lo lanzara, a temprana edad, como escritor importante, Canetti desapareció durante veinticinco años para fraguar *Masa y Poder*, obra que él considera su logro más importante, «el libro de su vida».

MASA y Poder es una reflexión sorprendente y profunda sobre la naturaleza de la sociedad, escrita y estructurada como una obra de ficción que intenta incluirlo, abarcarlo todo, arriesgándolo todo en una originalísima comprensión histórica (que prescinde de las nociones de clase o nación) y que constituye un concienzudo alegato contra todo poder. Más tarde, en su ensayo *El otro proceso de Kafka* (3), Canetti hará patente su admiración por «la secreta victoria de quien elige el fracaso, de quien se aparta del poder, cualquiera que sea la forma en que

éste se presente», y describe la obra de Kafka como una refutación del poder. Así, pues, al escribir *Masa y Poder*, Canetti se propuso y gozó de una notable libertad enfrentándose por igual al pensamiento chino, al europeo y al Islam. Dividido en doce partes, con una extensa documentación de carácter antropológico, etnográfico, religioso, histórico, político y psiquiátrico, *Masa y Poder* se lee como una obra narrativa, como una rapsodia llena de episodios, rica en variaciones, compuesta brillantemente («Hoy, cuando yo no soporto la Historia estructurada y sólo voy en busca de las fuentes, relatos ingeniosos o reflexiones sólidas...») (4).

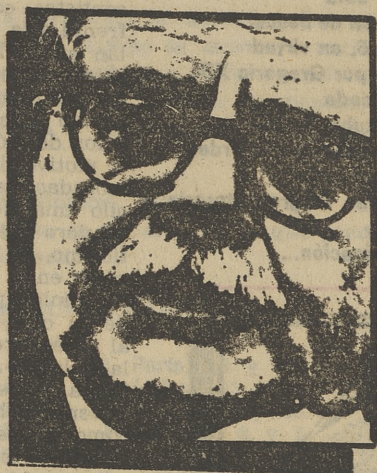
ES imprescindible señalar la influencia de Karl Kraus, polemista vienés a quien Canetti consideró como un ídolo y de cuya dictadura intelectual tuvo que librarse más tarde «articulando una personalidad nacida de la resistencia» (5). Su influencia es muy notable en la metodología de Canetti, en la forma de su prosa y, por rechazo, en el hecho de que Canetti, a pesar de ser un moralista, jamás emite juicios. Su planteamiento moral únicamente tiene dimensión en lo subjetivo y en lo trascendente, y su evidente erudición se transforma en una obra que intenta abarcar el todo con todas sus tremendas contradicciones. Canetti aprendió también de Kraus el sentimiento de su absoluta responsabilidad, de una responsabilidad que es soberana y se determina a sí misma. Fue Kraus quien, según Canetti, «le abrió los oídos». Característica que llegará a ser específica en la obra de Canetti es la primacia

de loído sobre los demás sentidos y especialmente en sus últimas obras: *Cincuenta caracteres* (*El testigo oidor*) (6), *La lengua absuelta*, *Las voces de Marrakech* (7), *La antorcha al oído* (8).

Kraus es considerado por Canetti el oyente y la voz ideales. El nivel sonoro de la lengua que es a la vez emocionante y mágico él lo considera profundo en contraste con la superficialidad de lo visual. La atención a las voces externas y a las internas que surgen como resonancia o resaca de aquellas, a las voces que uno es capaz de invocar en sí mismo supone una escucha que para Canetti constituye el conocimiento.

LA lengua absuelta es la primera parte de su autobiografía y abarca la infancia y la primera juventud del escritor. La autobiografía para Canetti no es una evocación nostálgica, sino la narración actual y viva de los hechos originarios tal como si estuvieran sucediendo hoy invocados ahora con la calidad de un sueño revivido, con la certeza de algo que el tiempo no puede tocar, que escapa a su destino destructivo. El carácter itinerante de su biografía, así como sus propias aspiraciones lo convierten en un escritor constantemente en exilio: «He pasado la mayor parte de mi vida señalando los ardores del ser humano tal como aparecen históricamente a lo largo de las civilizaciones. He investigado y analizado el poder tan despiadadamente como mi madre los procesos en los que se mefia su familia. Existen pocas cosas negativas que yo no haya dicho del hombre y de la humanidad. Y a pesar de todo, me siento tan orgulloso de ambos que sólo odio realmente una cosa: su enemigo, la muerte.» (9).

- (1) «Auto de Fe». Muchnik Editores, S. A. Barcelona, 1980.
- (2) «Masa y Poder». Muchnik Editores, S. A. Barcelona, 1977.
- (3) «El otro proceso de Kafka». Muchnik Editores, S. A. Barcelona, 1976.
- (4) «La Lengua Absuelta». Muchnik Editores, Sociedad Anónima Barcelona, 1980.
- (5) «¿Por qué no escribo como Karl Kraus?» Artículo aparecido en la revista «Eco» número 118 (Colombia).
- (6) «Cincuenta caracteres» («El testigo oidor»). Editorial Labor, S. A. Barcelona, 1977.
- (7) «Las voces de Marrakech». En preparación por la Editorial Pretextos, Valencia.
- (8) «La antorcha al oído». Segunda parte de la autobiografía de Canetti. Se editará en 1982 por la Editorial Muchnik.



Entre los Centenarios Teresianos

(Viene de la pág. anterior.)

y exegética de los religiosos que tanto han contribuido a la difusión cordial de la obra teresiana como los padres de la orden carmelitana Silverio, Crisógono, Efrén?

Un gran impulso para la profanidad ha sido la publicación en 1957 (Seix Barral, Biblioteca Breve) del libro «La voluntad de estilo», de Juan Manuel Marichal. En él se estudia el proceso y las características del ensayismo español, donde se incluye a Santa Teresa entre los precursores. Hay que citar: «Pero ¿en qué consiste —escribe Marichal—, se nos podría preguntar ahora, la originalidad, la función de Santa Teresa en el ensayismo español? Desde luego es manifiesto que en ella encontramos el primer esfuerzo sistemático (si así puede decirse en su caso) por verter mediante la palabra escrita, al correr de la pluma, la totalidad vital de la persona: su derramamiento, no así como el Guevara —puramente externo y ornamental en el caso de éste—, sino premonitor del de Unamuno. Es más, no sería arbitrario afirmar que son ellos dos, Santa Teresa y don Miguel, los españoles que más se han autorrevelado...»

¿Podría entenderse ahora como escollo y recusable limitación de ensayistas en crítica y creación el seguimiento de las tesis de Américo Castro, tan generalizadas ya, y puede también que ya abusadas, que hacen contemplar a la Santa en toda su gestión literaria y religiosa como fuertemente determinada, limitada, empobrecida, por los problemas de su origen judaico? Creo que todo ello se supera en el audaz —y bien templado en rigores de investigación— estudio de Victorio de la Concha que antes he mencionado. En efecto, en «El arte literario de Santa Teresa» (Ariel) se empieza por dar primacía a lo dicho por fray Luis de León cuando escribe, entre otros elogios, a la prosa, que los escritos teresianos no pueden menos que contar con la inspiración divina. ¿Qué hemos leído? Hay que contar, efectivamente, con que Santa Teresa se mueve entre los temores a la Inquisición y la preferencia por realizar su

hazaña fundadora y reformista, progresista, hondamente feminista, entre sus conocidos conversos o descendientes de conversos, una clase media. Pero también con la totalidad de su entrañada vivencia religiosa en comunicación con Dios. De ello, de su talento, de su cultura, de su conciencia de modernidad ha brotado una obra literaria excepcional —arte «comprometido», en el mismo sentido de que Celaya entienda el de San Juan, y algo más— con una autobiografía impar (en eso tiene razón don Marcelino), una crónica singular de sus fundaciones, los ensayos de «Las moradas», sus poesías, sus cartas, escritos con una voluntad de estilo, de personalidad y de representatividad en las ideas y cuestiones de su tiempo que hacen mandar archivar para siempre aquello de su estilo descuidado, su ignorancia, su sola espontaneidad, su religiosidad dicharachera (algo de esto quería decir el desafortunado cartel del centenario encargado por los frailes), su perfil rompe y rasga de mujer de tronio espiritual. En realidad esa Teresa que ahora sitúa un ensayista, crítico y profesor, en el lugar exacto de su grandeza histórica y literaria, es la que ha ido encontrando —religioso o no— el escritor español de entre los dos centenarios que ha sabido superar los escollos de una devoción enmascaradora, de un cientifismo mal aplicado —tan deformante como el de las acusaciones que padeciera ante la Inquisición—, del recelo ante la mística e incluso el sociológico... Con el de su interpretación, según el materialismo histórico, apenas si alguien ha tocado. Esperemos que el tiempo entre los dos centenarios se colme todavía de nuevas revelaciones histórico-críticas y nuevas páginas de bella prosa sobre ella.

CARTA AL P. ORDOÑEZ, S. J.

Escribe Teresa DE JESUS

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Quisiera tener mucho lugar y salud para decir algunas cosas que importan, a mi parecer. Y he estado tal, aun después que se fue el mozo, sin compración peor que antes, que haré tanto en lo que diré: y soy tan pesada, que por mucho que quisiera acortar, irá largo. Esta casa de la Encarnación se ve notablemente hacerme gran mal: plega a Dios se merezca algo.

Paréceme, padre mio, que hemos menester mucho mirar todos los inconvenientes; porque a no salir bien, a vuestra merced y a mi ha de cargar la culpa Dios, y el mundo, no dudé; y así no se le dé vuestra merced na-

da, que se concluya quince días más a menos.

Cuanto al ser tantas, como vuestra merced decía, siempre me descontentó; porque entiendo es tan diferente enseñar mujeres y imponerlas muchas juntas, a enseñar mancebos, como de lo negro a lo blanco; y hay tantos inconvenientes en ser muchas, para no se hacer cosa buena, que yo no los puedo ahora decir, sino que conviene haya número señalado, y cuando pasare de cuarenta, es muy mucho, y todo baratería: unas a otras se estorbarán, para que no se haga cosa buena. En Toledo me he informado que son treinta y cinco, que no pueden pasar de allí. Yo digo a vuestra merced que tantas mozas y tanto ruido,

que no conviene en ninguna manera. Si por esto no quisieran algunos dar limosna, váyase vuestra merced su poco a poco, que no hay prisa, y haga su congregación santa, que Dios ayudará, y por la limosna no hemos de quebrar en la sustancia.

Será también menester, que para elegir las que han de entrar, que convengan, haya otros dos votos con la priora. Esto se mirará mucho. Si lo quisiese hacer el prior de San Andrés, no sería malo, y algún regidor, u entramos regidores, y para que tomen las cuentas del gasto, que no ha de entender la priora en esto, ni verlo ni oírlo, como desde luego dije. Será menester ver las cali-

dades que han de tener las que han de entrar, y los años que han de estar: eso allá se verá entre vuestra merced y el padre maestro, y todo lo que fuere a él ha de estar consultado, con el padre provincial de la Compañía, y con el padre Baltasar Alvarez.

Serán menester otras cosas hartas. Allá tratamos algunas, en especial no salir: más las que me parece que importan en gran manera, son las dos primeras, porque tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas: ¡Dios nos libre!...

En las oraciones de mi padre retor me encomiendo. Indigna sierva, y hija de vuestra merced.

Avila, -20 de julio 1573.



Escribe Carmen BRAVO-VILLASANTE

Las cartas de Santa Teresa

ENTRE los numerosos declarantes en el proceso de beatificación de Santa Teresa está el obispo de Segovia, don Pedro de Castro, que a su encendido elogio de la santa, añade estas curiosísimas informaciones: «Para los que no conocieron ni trataron a esta santa, y que tan solamente han leído sus libros, les quiero advertir de camino una cosa, y es que... pueden hacer cuenta que oyen a esta santa madre, porque no he visto dos imágenes o dos retratos tan parecidos entre sí, por mucho que lo sean, como son los libros y escritos y el lenguaje y trato ordinario de la santa madre. Aquel enmendarse en algunas ocasiones y decir que no sabe si lo dice como lo ha de decir, y otras cosas en este tono, son todas suyas... Y por eso me ha parecido certificar a los que lo leyeren y no trataron a esta santa en vida, que pueden hacer cuenta (y será cierta) que la oyeron hablar, porque, como he dicho, no he visto cosa más parecida.»

ES verdad, Santa Teresa está presente en sus escritos y es como una milagrosa aparición en sus cartas. En esas cartas vivas, palpitantes, de frescura perenne, que un correo divino nos entrega con mano celeste desde hace tres siglos, y que en su tiempo las entregaban los arrieros. «Ya habrán recibido las cartas que llevó el arriero», suele decir Santa Teresa.

Esas cartas, en las que se nos aparece Santa Teresa, intrépida, en Avila, como aquella Santa Catalina en su ciudad medieval de Siena, también dictando cartas, las dos osadas, alegres, graciosas, con esa alegría que da la audacia y la bienaventuranza en la Tierra.

Audacia, intrepidez, atrevimiento que llega hasta el rey Felipe II, cuando le escribe el 11 de junio de 1573, para darle las gracias por la licencia que le otorgó por la fundación de Caravaca, y le dice: «Suplico a Vuestra Majestad que me perdone, que ya veo que soy muy atrevida.»

EN la correspondencia de Santa Teresa todavía se oye entre líneas la risa de aquella mujer que animaba a sus monjas de esta manera: «¡Procuren estar alegres!», y que componía villancicos de graciosa tonada para regocijarlas en los tiempos de persecución. Y se perciben esos «impetus de Dios» que la hacía olvidarse del mundo para volver a él con más fuerza renovadora y con creciente actividad. Porque a Santa Teresa la risa no la distraía del trabajo. A mayores risas, mayores empresas. Riendo fundó los conventos de San José, de Avila, Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo y Pastrana. Siempre caminó risueña a través de España, siempre con gran contento.

POR sus cartas sabemos que muchas veces tiene cuartanas, dolores y frío y que está dolorida y flaca, pero a eso se sobrepone su mucho deleite espiritual.

ODO le hacía gracia a Santa Teresa. «Riéndome estoy», suele decir al comenzar sus cartas. «Un poco me hizo reír la carta de su letra», dice a otro correspondiente. Y sus maliciosas ocurrencias, sus raras comparaciones, la espontaneidad de sus dichos y exclamaciones nos hacen reír a nosotros, porque Santa Teresa, a través de sus cartas, es una mujer que cae en gracia y despierta una viva simpatía y una profunda admiración. Simone de Beauvoir, en sus «Memorias», confiesa que la hubiera gustado ser Santa Teresa. ¿Asombroso? No. Se comprende.

UNA de las frases que más se repite en las cartas y más representativa de la que escribe es: «Y lo quise poner por obra.» Santa Teresa es concisa, expedita, va a derecho en su correspondencia y en sus hechos. Hasta cuando se despidió: «Ya estoy harta cansada y así no digo más», o cuando indica que Antonia —otra monja— lo dirá «más largo».

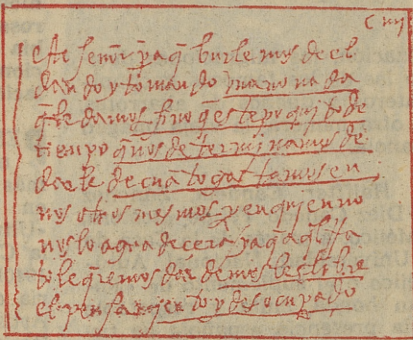
Sabe lo que quiere y no tiene tiempo que perder. Con claridad, concisión y una cortesía muy natu-

rece decir. Son cartas de urgencia, se haga notar, y cumple una misión que es el objetivo de su vida apasionada. Santa Teresa tiene prisa y contagia su prisa a los correspondientes. A veces escribe a altas horas de la noche.

TODAS las cartas de Santa Teresa son fundamentales y corresponden a momentos clave de su vida, lo mismo las familiares que las oficiales, por decir así. Tienen algo de imperativo, en medio de lo afectuoso. En su brevedad, son conminatorias: «Hay que hacer esto», padonde se recuerda lo que podría olvidarse, recordatorios de algo muy importante, en lo que va la vida, la vocación y la necesidad.

A veces en el estilo de las cartas hay algo atosigante, de alta tensión espiritual, como de la persona que tiene que unirse a Dios en éxtasis, y luego hacer las fundaciones, y vulgaridades como corregir a las «cigarras», como en burla nombraba a las carmelitas descaldas, o llamar al orden «a las prioritarias que ordenan a sus monjas que se den bofetones como penitencia», y censurar el excesivo rigor de «la perfección». Lo sublime junto a lo prosaico. Ella está en todo.

MUCHO del estilo de las cartas está en el «Libro de mi vida», en el «Camino de perfección» y en «Las moradas», no obstante las sutilezas místicas que se encierran en este último. Lo personal, lo autobiográfico de la correspondencia, vuelve a encontrarse en la prisa de los escritos de quien tiene muchas experiencias que contar, y muchas cosas que hacer.



ral se dirige a Su Majestad o a doña María Enriquez, duquesa de Alba, desde Toledo el 8 de mayo de 1580, y sus cartas son prodigios diplomáticos de precisión, gracia, elegancia y naturalidad. En pocas palabras, saluda, ruega con nobleza, dicta órdenes (¡a los superiores!) sin que

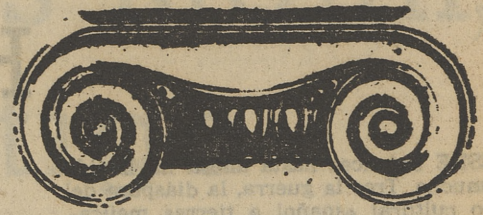


MARIA ZAMBRANO Y VICTOR G. DE LA CONCHA

MARIA Zambrano está escribiendo un texto para conmemorar este IV centenario de Teresa de Jesús. Se llamará, seguramente, «La encarnación del tiempo». Nuestro encargo, sin embargo, no ha podido llegar a coincidir con el 15 de octubre. «Decid la verdad», nos dijo María Zambrano cuando le pedimos autorización para anunciar su próximo trabajo. La verdad es que la autora, que no pudo acudir a Oviedo a recoger el premio de la Fundación Príncipe de Asturias, lucha con la fatiga, la salud y la edad.

Por ello, también es verdad que declaramos esta conmemoración teresiana abierta en nuestras páginas, como hemos venido haciendo con el año del centenario de D'Ors y de Juan Ramón. El catedrático Víctor G. de la Concha, que estos días está dictando un curso sobre Santa Teresa en la Fundación March, será otro de nuestros próximos invitados.

LA COLUMNA ESCARLATA



Espacio Vijande

EN los países civilizados, las serpientes acostumbran ser animales de verano. Como la gigantesca Nessy, «monstruo del lago» cuyo nombre adopta, que sigue actuando, año tras año, para deleite de escoceses y turistas. Pero España «is diferent», y las serpientes, aunque no abundan y se cansan pronto, trabajan todo el año. Por contra, las víboras, culebras y culebrillas, además de pasar casi nueve meses mano sobre mano, suelen darnos el verano con sus viperinas lenguas.

EN Madrid y alrededores, en sus mentideros artísticos al menos, las culebrillas este verano han tenido dos obsesiones fundamentales donde basar sus dimes y diretes: Arco-82 y Vandrés. De la primera tendremos tiempo más que sobrado para hablar. A la segunda, basamento de esta columna, demosle nuestro más sentido pésame pero, a la vez, bailemos sobre el cadáver de la muerta.

NO es necrofilia, libreme el cielo. Digo pésame porque la Galería Vandrés, en estos momentos precintada por orden judicial, ha sido una de las empresas que más ha contribuido a dinamizar nuestro panorama artístico durante la década de los setenta. Y esto es así al margen y por encima de sus errores y aciertos, propios, por otra parte, de toda humana empresa. Sobre ellos cada cual es libre de opinar como quiera, derecho garantizado por nuestra Constitución, pero este no es lugar ni momento para ejercerlo. Quizá, cuando el período de luto reglamentario finalice, dispongamos de distancia suficiente para intentar un balance.

ESTA columna es tan sólo una invitación para que, aquí y ahora, esta misma tarde, a partir de las 8,30, bailemos, quiero decir, celebremos la presentación en sociedad de la nueva criatura nacida de entre las cenizas de Vandrés, en su misma manzana —calle Núñez de Balboa, número 65—, verdadera Nessy, por su buena facha, de las galerías de arte madrileñas. Su padre, Fernando Vijande, que durante tantos años orientó los destinos de la muerta, le ha dado su apellido, es lo propio. Galería Vijande, pues, 750 metros cuadrados con una constitución espacial y una presencia física admirables. El acondicionamiento y la instalación luminotécnica son obra del pintor José Luis Alexanco, bregado de antiguo en estas lides (recuerden, por ejemplo, los inolvidables Encuentros de Pamplona del año 72).

PERO, aun más admirable en este Madrid de nuestras quejas, me parece a mí el tiempo récord del alumbramiento, apenas dos meses de intenso trabajo. Alguien al menos —un equipo, claro— viene a recordarnos que las crisis y problemas sólo se superan creándose más problemas y ganando a ambos, viejas crisis y nuevos problemas, por pies. Y por piernas a las culebrillas veraneantes que, mientras aún recaban datos sobre «lo ocurrido», tienen ya nuevo tema («¿Quién paga?», «¿Qué pretende?») hasta que el versátil otoño evapore sus bronceados.

HABLO, conste, para quienes más que preocuparse por los entresijos de un negocio prefieren disfrutar de las realizaciones que pueden beneficiar a todos. Invito, conste, a visitar un espacio que ya conozco vacío. De los pintores y obras que habrán de ocuparlo tiempo habrá de ir opinando en su momento. Presten, pues, oídos sordos a las culebrillas que ya hablan de la ascendencia neoyorquina o alemana de la nueva criatura o galería y no duden en internarse esta noche en zona nacional para comprobar con sus propios ojos lo que digo.

Francisco RIVAS



Escribe Manuel GARCÍA

HUELLAS DE LA CULTURA HISPANO-MEJICANA

DESDE entonces hasta ahora ha llovido mucho. Tras la guerra, la diáspora del exilio cultural español a tierras mejicanas. Luego, el bloqueo diplomático. En tierras mejicanas florecía un nuevo mestizaje: la cultura democrática española, en una ósmosis peculiar, florecía en pleno trópico. En tierras españolas apenas nos llegaba, en la trastienda de las librerías, los ecos literarios de Azuela, Reyes, Paz, Arreola, Fuentes... Más evidente era el cine charro, la inolvidable imagen de María Félix o Jorge Negrete y el inefable Cantinflas. El estereotipo de un rico país en pleno desarrollo político, económico y cultural.

SON, a «grosso modo», los precedentes de una nueva situación: la reanudación de relaciones diplomáticas entre la República Mejicana y la Monarquía Española.

CON ella ha surgido de nuevo el intercambio. Y en un país dinámico como éste, con congresos casi mensuales, la cultura española visita de nuevo la capital del valle de Méjico.

ESCRITORES españoles al II Encuentro Internacional de Escritores (Méjico, abril 1981), fotógrafos al II Coloquio Latinoamericano de Fotografía (Méjico, mayo 1981), poetisas al recién clausurado Congreso Interamericano de Escritores (Méjico, junio 1981).

EN todos los recientes eventos culturales la presencia española ha sido notable. Al parecer, el nuevo empuje de la «inteligencia» española amplía los sombríos ecos de cultura hispánica.

SE reanuda el diálogo cultural, que, sin pretensiones coloniales (para eso están los norteamericanos), puede dar mucho de sí.

ORIGENES DE UN DIALOGO

CREEMOS que el verano de 1937 y el II Congreso Internacional de Escritores para Defensa de la Cultura (Madrid, Barcelona, Valencia, julio 1937) marcan el inicio de un diálogo progresivo, interrumpido (de alguna manera) con el desenlace de la guerra civil española.

Es larga la historia de las relaciones culturales hispanomejicanas. Por sólo remontarnos a la contemporaneidad, habría que remitirse a la guerra civil española, período en el que, aparte de los combatientes del general Cárdenas —los llamados cadetes mejicanos— y de los voluntarios, como David Alfaro Siqueiros, habría que recordar a ese grupo de artistas y escritores mejicanos que, bajo los auspicios de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, acudieron al histórico II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura.

HACE unos días, en la presentación de las obras completas (en el palacio de Bellas Artes de Méjico) del poeta Juan de la Cabada, éste rememoraba tan importante efemérides. Y no era para menos. Aquí vinieron entre los escritores mejicanos José Mancisidor, Carlos Pellicer, Silvestre Revueltas, Octavio Paz, Elena Garro y el propio De la Cabada. El pintor José Chávez Morado y el museógrafo Fernando Gamboa. Por cierto que en Valencia, y con la muestra Cien Años de Graciano Mexicanos, se estrenó Gamboa como museógrafo.

DESAFORTUNADAMENTE, esas relaciones —ampliadas con la presencia como pintor, agitador cultural y militar de David Alfaro Siqueiros, que llegó al grado de teniente coronel de la 49 Brigada del Ejército de la República— se fueron al traste, a nivel hispano, con el desenlace de la guerra civil española. Sin embargo, esa experiencia abrió, afortunadamente, a través de la hospitalidad del general Lázaro Cárdenas, nuevas perspectivas a la cultura democrática española: las del exilio cultural en tierras mejicanas.

PERO ese largo período, el del exilio republicano español por América Latina y, particularmente, por Méjico, es otra historia.

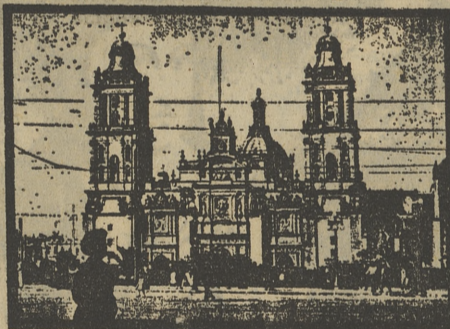
PRECEDE al mismo la llegada a Méjico del gran dibujante Gabriel García Nazare, la del cartelista de toros valenciano Ruano Llopis y la del fino poeta y excelente pintor y diplomático de la República española en Washington José Moreno Villa.

UN exilio que ha dado muchos frutos a la cultura nacional mejicana y ha mejorado un poco la imagen estereotipada

de la colonización, las migraciones decimonónicas o las de los famosos gachupines, alparateros y dueños de abarrotos, que son, de otra manera, la vieja imagen colonial española.

LOS Gaos, Halffter, Candela, Sánchez Vázquez, Díez Canedo, Felipe, etcétera, dejaron en Méjico, a través de la Casa de España, la Universidad Nacional Autónoma de Méjico o el suplemento de «Novedades», tan honda, culta y respetable huella, que la presencia española en tierras mejicanas se dignifica, sin lugar a dudas, con la irrupción pacífica, en Veracruz, a partir del Sinaia, de la diáspora cultural republicana española.

A finales del pasado agosto se cumplieron veinticinco años de la muerte, en la ciudad de Méjico, del pintor, escritor y diseñador gráfico Miguel Prieto. El recuerdo de Prieto está ligado no sólo a su trayectoria española como dibujante, escenógrafo y animador de «guñoles» en la «Ballena Alegre», «La Tarumba» o las «Misiones Pedagógicas» de la guerra civil española, sino a su trabajo en Méjico, donde lo menos que se recuerda es que renovó tipográficamente la Prensa cultural hispanomejicana.



MODELO de ingenio tipográfico es, sin lugar a dudas, su labor como grafista en «Romance» (Revista Popular Hispanoamericana) y «Méjico en la cultura» (suplemento de artes y letras, codirigido por el gran periodista e indigenista mejicano Fernando Benítez).

A los pocos días de fallecido Prieto, el escritor Benítez la rememoraba con estas palabras:

«Tenía el don de la composición armónica. Organizaba una página tan regiosamente como el pintor un cuadro. Sabía como ningún otro valorar las ilustraciones, sin olvidar nunca su estrecha relación con el tema.»

PERO la obra de Prieto —muerto apenas con cuarenta y nueve años— fue más allá. Artículos sobre Gutiérrez Solana en la revista cultural hispanomejicana «Ultramar», exposiciones de pintura en la Casa de la Cultura Española (Méjico, 1940), en la Hispanomejicana de la librería de Cristal (Méjico, 1940) o en la de Artistas Plásticos Mejicanos y Españoles Residentes en Méjico, celebrada en Méjico en 1952, y una digna labor en la escenografía de este país, con diversos trabajos para Carlos Solórzano (director del departamento teatral de la UNAM) o Alvaro Custodio (animador, en Méjico, del Teatro Clásico Español).

TAMBIEN está su exposición individual en el palacio de Bellas Artes de Méjico en 1948 y sus bien delineados retratos de Angelita, Alfa Henestroza, Luis Fernández, José Giral, etcétera.

EN fin, una dilatada vida, que desde la ponencia colectiva en el II Congreso Internacional de Escritores hasta su último número maquetado de «Méjico en la cultura» resumen un poco el rico y plural quehacer cultural hispano en tierras mejicanas.

RECORDAR, pues, aquí a Miguel Prieto (Almodóvar del Campo, Ciudad Real, 1907; Méjico, 1956) es una manera de simbolizar la presencia de la cultura artística y literaria española en Méjico. Una expresión cultural que, sólo a nivel de revistas, pudo expresarse (con la generosa hospitalidad de los mejicanos) en numerosas publicaciones, como «Romance» (1940-41), «España peregrina» (1940), «Litoral» (1944), «Ultramar» (1947), «Las Españas» (1946-50), etcétera.



CUANDO a comienzos de los años sesenta la compiló Gaya Nuño, la bibliografía picassiana ocupaba ya un voluminoso libro. Sólo sobre el Guernica existen ya por lo menos media docena de estudios importantes. Matisse en cambio, pese a ser considerado por amplios sectores de la crítica como pintor más pintor que Picasso, no goza de tales favores editoriales. Las razones son múltiples, pero la principal hay que buscarla en el hecho de que para el hombre de la calle, el malagueño lleva décadas siendo un espectáculo, mientras, en cambio, el autor de La Danse, menos amigo de aspavientos, jamás despertó la curiosidad popular. Esta diferencia de trato resulta especialmente sensible en España, donde a la bibliografía picassiana internacional, se suman los estudios patrios, y en oca-

Matisse, dibujante

Escribe
Juan Manuel
BONET

siones locales. Sobre Matisse, por el contrario, no existe, que sepamos, ningún libro español que no sea una traducción, y la mayoría de éstas, dentro de series de valor muy desigual. De momento, nadie se ha atrevido a editar aquí, por ejemplo, el genial Matisse: his art and his public, de Barr, publicado por el MOMA, en 1951; a nadie se le ha ocurrido que el público de lengua española podría solazarse en el Matisse, ce vivant (1956), de Raymond Escholier. En cuanto a los escritos del pintor existe una breve antología publicada por Barral Editores, pero teniendo en cuenta su carácter fragmentario y la total ausencia de aparato crítico, resulta imposible considerarla como otra cosa que un breviario, útil tan sólo para muy principiantes en el culto.

TODO lo que se haga para ampliar la bibliografía matisiana en nuestra lengua merece el aplauso. Por eso constituye un pequeño acontecimiento la aparición del libro de Frantisek Dvorak, Henri Matisse. Dibujos. Teniendo en cuenta el número de reproducciones (84, 12 de ellas, en color), el precio (2.500 pesetas) y la editorial que lo saca a la luz (poligrafía, en coedición con la casa checoslovaca Odeón), el libro está llamado a convertirse en un instrumento de trabajo indispensable para pintores y aficionados; como ocurrió ya, dentro del mismo fondo editorial y dentro también de la misma serie coeditada por Odeón con el volumen dedicado a los dibujos de Cézanne.

Sabido es el lugar central que ocupa el arte del dibujo en la obra de Matisse.

EL índice de la antología de sus escritos, preparada por Dominique Fourcade, recoge más de media página (en letra muy menuda) de entradas referidas a la palabra dibujo. El número de estas entradas tan sólo se ve superado por el de las referidas a la palabra color. Aquel que hablaba del «eterno conflicto entre el dibujo y el color» siempre consideró ambas realidades como inseparables. En su pintura, el dibujo es un elemento ordenador esencial, es la base del ornamento. En su dibujo, en aquellos dibujos concebidos autónomamente como tales, ya están presentes, en el negro, en el modo de hacer cantar el blanco del papel, las cualidades coloristas de su pintura. En este sentido, me parece afortunada la decisión de los editores de incluir entre las 84 reproducciones unas cuantas de papiers découpés. Tales «papeles recortados», realizados durante los últimos años de la vida del pintor, aparte de re-

presentar uno de los grandes momentos de su trayectoria artística, nos hablan de un Matisse que logra como él mismo dice en sus textos para Jazz, «dibujar con tijeras» o, lo que es lo mismo, «dibujar en el color».

L lector dispone con este libro, de un buen material para aproximarse al Matisse, dibujante. La introducción de Dvorak sin ser especialmente novedosa, sin decir nada que sustancialmente no hubiera sido dicho ya por otros, revela, sin embargo, a un buen conocedor del tema, que sabe plantear los problemas fundamentales y cumple correctamente con su cometido. Algún detalle debería haber sido revisado, sin embargo, por los anónimos adaptadores del libro a nuestra lengua. La bibliografía, por ejemplo, se detiene inexplicablemente en el año 1960; con lo que no aparecen en ella libros clave aparecidos tras esa fecha: ni el catálogo del centenario (1970) establecido por Pierre Schneider; ni los dos tomos de Aragón Henri Matisse, roman (1971); ni el libro de Elsen sobre la escultura del pintor (1970); ni la antes citada antología de escritos preparada por Fourcade (1972).

En cuanto a las 84 reproducciones, decir que están muy bien elegidas y que recogen muestras de todos los períodos matisianos, haciendo especial hincapié en los retratos y desnudos de los años veinte y treinta, por una parte y por otra en los papiers découpés del período final. La selección se abre, simbólicamente, con una Bailarina de 1948, trazada a pincel con tinta china, y de proporciones monumentales. Encontramos luego dibujos tan conocidos como La paleta del pintor (1937), la luminosa serie tahitiana, los retratos femeninos a carboncillo, algunos desnudos con espejos, algunos bodegones... Matisse, en sus mejores dibujos, es puro lujo, calma y voluptuosidad, por decirlo con el verso de Beaudelaire, que él mismo retomó en un cuadro. Matisse es uno de los grandes dibujantes del siglo. Es, pese a que aquí en España la gente siga creyendo ciegamente en Picasso, el pintor, cuya lección artística y humana ilumina de verdad el siglo. Pocas veces alguien ha llegado tan lejos, y con tan poco tumulto exterior, en el cultivo del arte de la pintura. Seguirle como dibujante es reconocerlo una vez más. Es también, en tiempos como éstos de indigencia espiritual, nutrirse de esa calma lujosa y voluptuosa que él, en París, en África o en su palacio sobre el mar de Niza, tan intensamente vivió y pintó, hasta el fin.

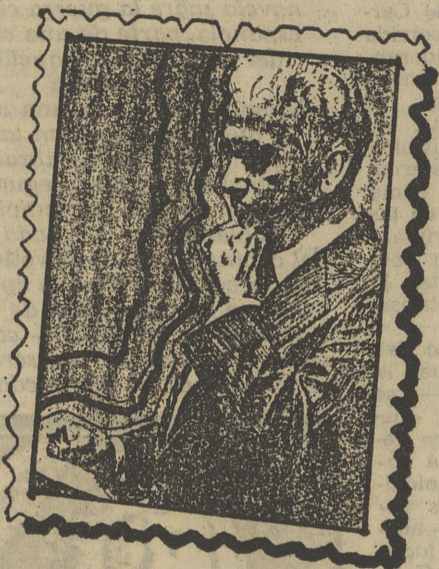
Escribe Santos AMESTOY

Escribe Arturo USLAR PIETRI

VENEZUELA Y ESPAÑA

En el humanismo de Guillermo Morón

DE la estirpe de los grandes ensayistas que cultivan un género fragmentario, erudito y sagaz —los Alfonso Reyes, Borges, Octavio Paz— es la literatura del venezolano Guillermo Morón. Nuestro escritor es, también, historiador —una buena parte de su aliento literario respira por la historia—, tratadista, pedagogo, polemista, profesor universitario... Las proporciones de su presencia intelectual comienzan ya a configurar sobre el horizonte americano de nuestra lengua su destacada estatura.



FORMADO en la Universidad venezolana, en la española y en la centro-europea, su obra literaria y académica ha recorrido ya tres décadas de la rueda del tiempo personal; veteranía que revela una muy temprana vocación, un pensamiento precozmente invadido y estimulado.

A lector atento, sin embargo, no le es dable adivinar si primero fueron las incitaciones de la cultura greco-latina clásica, por inducción de la línea de progeneratura de la lengua que Morón ama con la serena devoción de un Andrés Bello, por sugerencia de la posesión de la lengua experimentada en nuestros clásicos o si, por el contrario, ha sido primero la necesidad de sorber el tuétano de la historia como ciencia y como vida que precede a la nuestra y, en buena medida, la explica. ¿Qué es primero en Guillermo Morón, el historiador y filósofo de la historia o el escritor?

PONGAMONOS en la hipótesis de que es primero su naturaleza de historiador. En tal caso, habremos de añadir, venezolano. De la veta de los venezolanos ilustrados, panamericanos como Andrés Bello y el propio Bolívar, pero también de los Gallegos, los Betancourt, los Caldera o, lo que es lo mismo, de quienes han pensado seriamente en la nación venezolana. La idea que Morón tiene de tan sustancial asunto la tomo de un artículo de 1970, recogido en el volumen «Las cosas claras» y es textualmente así: «Al comenzar el siglo XVII (...) existía ya una comunidad cultural sobre la cual se mantenía una nación, un Estado, una organización.» La existencia de la nación es, pues, anterior a la lucha descolonizadora y ésta halla su fundamento en aquel hecho original. Pero se convierte, diríamos nosotros, en historia, al mismo tiempo que se traduce en organización, y ésta en identidad nacional. A la vez, «la comunidad misma se acomodaba a las circunstancias para establecer las normas puramente históricas que no se imponían desde arriba». De esta manera, la independencia no es otra cosa que la madurez en la libertad, fundamentada en la construcción de una legalidad que es respuesta a las realidades concretas.

Más para tal sazón fue necesaria la irradiación solar de la cultura. La cultura española, la tradición o el ser hispano es trasunto anterior del proceso que hemos descrito para la independencia americana. Somos (o éramos) pueblos acostumbrados a la práctica de la democracia directa en las ciudades, en pequeños núcleos. Juntos los ciudadanos libres con los marginados. «El concepto de democracia social» —no se forma en nuestra cultura como una insurgencia del ciudadano, sino como una convivencia. Francisco Suárez no habla de democracia, porque la misma existe de manera natural en las villas, ciudades y pueblos de toda España; fray Bartolomé de las Casas no habla de democracia porque él es un hombre democrático que convive con las partes más humildes del pueblo por el cual da las batallas cotidianas; Bernardo de Vargas Machuca no habla de democracia, porque él es el gobernador en Margarita, donde el «Cabildo se elige por el pueblo».

La historia, le parece, es así; pero se escribe de diversas maneras. No voy a extenderme en uno de los motivos más

reiterados en Morón, su amor a Polibio y su perpleja censura a Luciano de Samosata. Antes de Polibio, la historia era fábula o cuento. Luciano entrevió que la narración histórica podía ser prefigurada. La esencia, por tanto, del quehacer historiográfico, su fundamento filosófico es que la historia real, desvelada por el trabajo científico, constituye la última instancia del pensar. Y ésta no es otra cosa que la disposición del filósofo de la historia en el más puro estilo hegeliano. Sólo que no me parece que sea la emergencia dialéctica del espíritu el objeto de este pensar, sino la ética, la moral. En castellano, la decencia.

Variadísimos son los contenidos del pensamiento de Guillermo Morón. Creo que doy una idea si digo que le son totalmente reversibles aquellas palabras del prólogo a su «Historia política de José Ortega y Gasset» con las que retrata el estilo de pensar del madrileño: «Es un escritor de hondas corrientes en lo que al pensamiento se refiere; posee un rico estilo, una poderosa facultad para sacar metáforas de las más disímiles canteras. En el modo de meditar es elemental, como un primitivo; las ideas le brotan de la cabeza, se le escapan por la punta de la pluma (...), ha dado con los materiales, con los cuales podía construirse una gran fábrica; pero él mismo no la ha levantado. Primitivismo genial, sin duda, al modo de los pensadores griegos. Cuando pasen muchos años se leerán los escritos de este pensador como simples fragmentos.» Sin embargo, tal vez sean éstas que describe Morón características, también —como Marichal me parece que demuestra— del ensayismo hispánico.

Ponemos, finalmente, y no como hipótesis, que el historiador Guillermo Morón llega a la literatura por la filosofía de la historia. Y si no véase su «Libro de Ephorus» y su «Primer libro de los fragmentos». El historiador, el articulista, el lector crítico de la casi totalidad de la literatura hispanoamericana contemporánea, el polemista político, el pedagogo está creando un género de escritura fragmentaria y bien ensamblada en la que las facultades de narrador de cosas y sucesos, las reflexiones abstractas, la erudición, la reivindicación de nuestra cultura, América, Forner, Safo, Fedro, Platón, Herodoto... y personajes apenas aludidos en los libros de la antigüedad a los que él imagina —como Cunqueiro o Santos Torroella los suyos— la historia y el aliento, se mezclan con irrupciones de lo cotidiano y contemporáneo traídas por la pluma del escritor que sabe ponerlas en el mismo plano narrativo que prepara para la reviviscencia de sucesos históricos sacados de sus canteras de historiador.

¿Cómo definir este matrimonio de complejidad y precisa sencillez? Tal vez aludiendo al humanismo en el que confluyen sus dos vertientes atlánticas de una misma pasión...

Thomas Mann, testigo

HA sido tan vasto, tan prolongado y tan profundo el cambio, o la serie infinita de cambios que han experimentado las sociedades humanas en el presente siglo que nos resulta imposible visualizarlos y abarcarlos en toda su compleja variedad y significación.

Con una velocidad creciente, todo ha ido cambiando hasta modificar las estructuras y las formas de relación de los hombres.

Entre los franceses que retrataba, con tanta aguda curiosidad, Marcel Proust y los que dejó perpetuados en sus inolvidables relatos el duque de Saint Simon, hay mucha menos diferencia en mentalidad, usos y valores que entre la llamada «belle époque» y nuestros días.

ALGUNOS hombres excepcionales por su sensibilidad y su percepción tuvieron el difícil privilegio de vivir esa terrible transformación que parecía dejarlos prácticamente sin referencia y sin asidero.

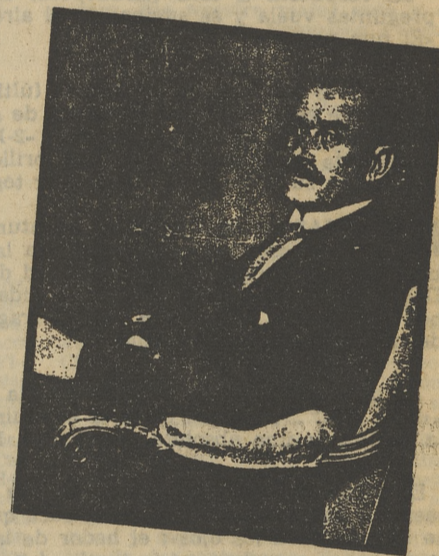
ALGUNOS, como el infortunado Stefan Zweig, no hallaron fuerzas para sobrevivir a tan tremenda transición y se suicidaron. Habría que remontarse a los dramas teológicos de la caída del hombre o de la condenación de los ángeles rebeldes para invocar alguna referencia válida. Literalmente se les había acabado el mundo al que pertenecían y se veían, sin posibilidad de adaptación, lanzados a un medio con el que no tenían nada en común. Un mundo radicalmente los valores que habían parecido justificar y ennoblecer la vida del hombre en sociedad.

THOMAS Mann fue uno de los más válidos y dolorosos testigos de esta catastrófica transformación. No se puede releer su correspondencia sin tropezar, a cada paso, con los más conmovedores testimonios de esa inexorable caída. Le tocó vivir, con la más abierta sensibilidad al espectáculo humano, desde su juventud en la sólida y comedida Alemania de Bismarck hasta la dramática posguerra del último conflicto mundial. Creyó estar incorporado a una sociedad casi inmutable en su juventud en la villa regimentada de Lubeck y le tocó ver desaparecer toda aquella Europa, que parecía tan poderosa y segura, en dos conflictos armados, que no sólo destruyeron vidas y obras, sino los conceptos mismos de la condición humana.

AQUELLA Alemania burguesa y jerarquizada de los Buddenbrook de su juventud iba a desaparecer ante sus ojos, las fugaces ilusiones de aquel mundo inestable de 1919 también estaban condenadas a resolverse en el más sangriento y destructor paroxismo de violencia que la Humanidad había experimentado nunca. Ese mundo, seguramente enfermo y aferrado al pasado que él había retratado en «La montaña mágica», se iba a convertir en un transitorio juego de apariencias.

LE va a tocar vivir las horas terribles del surgimiento del nazismo, de la entronización de la irracionalidad, de la negación de todos los principios que habían caracterizado aquella civilización que había mirado con tan injustificado optimismo el futuro. Las calles se llenan del tronar de los desfiles guerreros, los oídos resuenan con las más histéricas proclamas de odio. Un mal día le arrebatan sus dignidades académicas, otro su propia nacionalidad y se encuentra en medio de una nación hostil que no podía ser la suya.

ES el tiempo de buscar refugio a través de una Europa que va desapareciendo como en una pesadilla y, finalmente, en la otra ribera del Atlántico, en Estados Unidos. Allí llega con sus papeles, con sus proyectos literarios, sin saber qué va a decir ni a quién lo va a decir. Las cartas reflejan ese profundo e irremediable desacomodo de su espí-



ritu y de las circunstancias. Se reúne con otros fugitivos, rescatados del naufragio de todo aquello que había sido su mundo y la justificación de su vida. Es como si hubiera perdido con los interlocutores el hilo mismo de su mensaje a los hombres.

ES en esos años de dolorosa introspección, de contradicción continua consigo mismo, de desesperanza, cuando se pone a escribir su monumental «Doctor Faustus». Era la parábola del destino alemán y de su trágica vocación autodestructiva. Era al mismo tiempo el retrato del artista ante fuerzas demoníacas.

EN algunas cartas que envía hacia el año de 1945 reitera su sensación de angustia sin remedio. Cree que no se puede hacer nada para «detener la némesis inminente». «La paz tiene un lúgubre carácter y nadie puede realmente creer en ella, o querer creer, y una nube de ansiedad, de un carácter enteramente nuevo, se extiende sobre la Humanidad.»

HAY voces de desesperado sobresalto: «Uno comienza a dudar sobre la sabiduría de la creación.»

CADA día le parecía más hallarse rodeado de extraños, de gentes con las cuales tenía muy poco en común. No era esa la familia humana a la que había dedicado su obra de creación. Su Alemania nativa llena de ruinas y resentimientos acumulados, el mundo entero encaminado hacia nuevos conflictos. La Humanidad misma parecía condenada. Había sobrevivido a varios apocalipsis sucesivos, el de 1914, el de 1939, el de la guerra fría. Nada parecía haberse aprendido de las sangrientas experiencias de esos años. No parecía quedar pedazo de tierra en el que cultivar esperanzas.

EN esos papeles reunidos y escritos al azar de los tiempos difíciles está el mejor testimonio de esta gran crisis de valores de la que estamos lejos de salir.

Escribe José SAAVEDRA

Escribe Raúl RUIZ

UN CREPITAR DE CIEGOS ESTERTORES

(Leopoldo M. PANERO)

PARTIENDO de la desesperación, cabe (si las circunstancias ayudan) acceder al suicidio; partiendo del suicidio, próximas se sitúan ya las locas de la tumba. Partiendo de éstas, entonces únicamente quedan las flores, que crecen entre la cal, los gusanos y los huesos de los cadáveres.

CON «El que no ve» (1), Leopoldo María Panero sitúa su óptica vital (y visual) entre las corolas y pétalos de las flores funerarias. Ese fúnebre emplazamiento plantea una doble cuestión lacerante: ¿es posible ser momia más acá de la muerte? ¿Es viable estar muerto sin devenir una momia?

La respuesta a esas paradójicas, casi imposibles, preguntas vuela y se sugiere en el aire mortuario de «El que no ve».

Esta leve crestomanía de poemas (última entrega literaria de este autor que lo dejará de ser cuando, en breve, salga a la luz «Dioscuro» -2-) continúa los acentos de desesperanza que, cual brillos lancinantes, punteaban su precedente «Last river together».

MEMORIAS de una personal ultratumba, en cuyas simas el escritor se ha sumido a la búsqueda de una postrera coraza, la insensibilidad de los muertos. Desde ese margen, más allá de la vida, las palabras nos comunican, nos hieren con el fragor estrepitoso de unas explosiones privadas.

Aquí no existe ahora la queja herida o el grito del «Last river...», sino el crepitar sanguinario de ayer, la vitrina de una absoluta decadencia, la ruina...

El horror de «hablar para nada, con palabras que caen / y son viejas ya hoy, en la boca que sabe / que no hay nada en los ojos»; el hedor de las «flores que se deshacen y pudren en la tumba / y canciones que avanzan por la sombra / tambaleantes mejor que un borracho / y caen en las aceras con el cráneo partido»; la angustia que le hace verse «extranjero en el mundo, / un extraño en su cuerpo, / una interrogación tan sólo que se mira (...) / pérdida al fondo de ese vaso».

● LAGRIMAS DE CIENO

LOS poemas mojan las páginas, con un crepitar bronco de ciegos estertores. ¿Lágrimas de cieno enfangado, la leída? El lector, aturrido lector, inmerso en esa fétida mixtura de aullidos, frios de cementerios, crueldades y arañazos gélidos «empieza a dudar que sea cierta la inmensa tragedia de la literatura».

Ante estas riadas de literatura de tragedia, ¿qué decir? ¿Es duro?, ¿es real?, ¿es poético?

SIN duda, dureza tiene la que los mármoles. Emoción, siniestra emoción asimismo no falta. Sin embargo, quizá en el nivel estético se atisba alguna ligera tara. Tal vez, preso de ese torbellino arrebataador de males bíblicos que lo posee (o dice poseer), el poeta descuida un tanto la forma. Así, en una línea, una cacofonía turba al lector; en otras, unos versos de ritmo un sí es no es discutible le dificultan la lectura.

DE toda evidencia, con Calígula (César que hizo matar a un poeta por «cometer» un verso de falso pie), L. M. Panero tendría asegurado el fin de ese su tan irritante drama: vivir.

(1) Leopoldo María Panero, «El que no ve», Ediciones de La Banda de Moebius, Madrid, 1981. 47 págs.
(2) Leopoldo María Panero, «Dioscuro», Edit. Ayuso, Col. Elymión, Madrid (aparición anunciada).

JOHN DONNE

MISTICO DEL AMOR PROFANO

DESPUES hubo nuevos intencionados encuentros a través de antologías poéticas —más o menos extensas—, hasta topar con la edición íntegra de sus *Songs and Sonnets*, en versión castellana de Carlos Bolívar Gómez (1). El recorrido —mi recorrido— puede considerarse inverso: desde el Donne enfermo, viejo, barroco, predicador... al Donne vital, joven, manierista, escéptico... Obviamente, esta división es tan arbitraria como la referida a Góngora, cuando se le llama Príncipe de la luz y Príncipe de las tinieblas; pero sirve como primera aproximación a un magnífico poeta, que ha tenido que soportar la inapropiada etiqueta de «metafísico».

NADA hay tan falso como las cómodas atribuciones que la indolencia —paradójicamente— se esfuerza en perpetuar. Llamar «metafísico» a Donne ya no quiere decir absolutamente nada: quizá sólo sea útil para situarlo cronológicamente junto a otros poetas ingleses del siglo XVII. Pero —además— ocurre que el término induce a error. Ciertamente es que las *Canciones y Sonetos* se hallan insuflados de un neoplatonismo de época; pero —al mismo tiempo— me atrevería a insinuar que, en estos poemas de Donne, lo «metafísico» funciona más como atrezzo intelectualista que como objetivo de poeta-filósofo.

LA sensualidad vivida —y vivida— recorre los versos con gozosa invocación a los cuerpos. Quizás haya una morosa dilación intelectual, una reelaboración excesiva de la experiencia a través del texto; pero es indudable que Donne parte de una objetiva experiencia personal. Lo atestiguan innumerables versos, pero, sobre todo, aquel en que desprecia a los que no tienen más amante que su Musa.

DESECHADA la teoría del «cuerpo como cárcel del alma», el cuerpo se erige en libro, ese libro en el que se transcriben —inscriben y escriben— los misterios del amor: Los misterios del amor crecen en las almas, / pero el cuerpo es su libro. No deja de ser provocativo el que John Donne —refiriéndose a la muerte— se atreva a decir: Hasta entonces, Amor, permítete que reine mi cuerpo.

EN uno de los poemas —El éxtasis—, Donne ejemplifica lo que podríamos llamar «misticismo del amor profano», es decir, cómo a través del imprescindible cuerpo puede alcanzarse una realidad superior, no necesariamente religiosa y —acaso— ni siquiera iluminativa, pero que trasciende la roma significación materialista. Ante estos presupuestos, el poeta que nos viene a la memoria es otro místico —Pedro Salinas—, buceador también de los misterios del amor profano. Pero la comparación se queda en el umbral de la mera —y honda— relación temática.

EL estilo de Donne —conceptista con atisbos culteranos— encuentra su parangón posible en Quevedo. Ahora bien: mientras el espa-

Mi primer contacto con John Donne fue fortuito:

Hemingway, en su famosísima novela sobre la guerra civil española, parte de una cita del poeta inglés, aquella que empezaba «Ningún hombre es una isla» y que terminaba con las archiconocidas palabras «no envíes nunca a preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti». Tomada del capítulo XVII de Devotions, la cita corresponde a la época en que Donne —deán de la catedral de San Pablo— cayó enfermo y se dedicó a describir el proceso de su enfermedad.



ñol oscila entre la composición carnal y la «matacarnal» —valga el neologismo—, el inglés funde ambas tendencias en un mismo poema. Lo más próximo a esta fusión del neoplatonismo con la erótica expresión de indudable experiencia personal lo hallo en un soneto de Francisco de Aldana, en el que los dos cuartetos son de una auténtica laxitud post coitum, mientras que los tercetos tratan de explicar esas sensaciones desde la óptica neoplatónica.

LA mención de Aldana no es gratuita: tanto Aldana como Donne responden a características manieristas, aunque en el segundo se rastreen, asimismo, huellas barrocas. A lo largo de «Canciones y sonetos», la palabra *nothing* —por ejemplo— se repite incansablemente como eco ululante de inexistencia, como resabio letal: Eros y Thanatos en neorética promiscuidad. Sin embargo, la manera que predomina en estos poemas es la manierista... Y es que —de una vez por todas— deberíamos considerar el manierismo no como un estilo propio y exclusivo de una época, sino como manera que a veces se generaliza en un periodo, en otras define a un individuo o a menudo se disgrega en características que salpican generaciones, obras o autores.

COMO nota a pie de página —de las que carece incomprensiblemente esta edición de Plaza y Janés—, no puedo dejar de aludir a un topos manierista por excelencia: el espejo. Carlos-Bolívar Gómez en

la introducción nos recuerda el espejo convexo que aparece en Los desposorios de los Arnolfini, de Jan Eyck, y el de las Meninas velazqueñas. A estas referencias podrían añadirse —para una aún inédita Catóptrica extraordinaria, de evidente resonancia manierista— La Venus del espejo, del propio Velázquez y —he aquí el que más se ajusta a un poema de Donne— el autorretrato que el Parmigianino realizó a los diecinueve años y que aún puede contemplarse en el Museo de Historia del Arte de Viena.

ESTAS «espejeantes» relaciones vienen a cuento al leer el poema *Witchcraft by a picture*: Fijo mis ojos en los tuyos y me compadezco / de mi imagen al ver cómo en ellos arde. / Y mi retrato sumergido en una lágrima transparente, / al bajar la mirada, contemplo. El amante se contempla en las lágrimas de la amante, como se contempló el Parmigianino en un espejo de barbero —Vasarj dixit— o como acaso se contemplara Narciso en las cristallinas aguas de un arroyo.

NARCISISMO, intelectualismo, escepticismo, sensualismo... Hasta aquí la época manierista —aunque hayamos evidenciado vibraciones barrocas— de John Donne. Después vendrá su ingreso en la Iglesia Anglicana, la muerte de su esposa, el autor de sermones a lo Paravicino, el tético autor de *Devotions*, el moribundo predicador de *Death's Duel*, el agónico que se amortaja y posa para un pintor, el cuerpo que se convierte en cadáver el 31 de marzo de 1631.

TRAS el óbito, la lectura de *El testamento* —composición que debería ser la que cerrara *Canciones y sonetos*—, La extensión del poema me obliga a seleccionar versos: (Lego) A las mujeres o al mar mis lágrimas. / (...) / Mi constancia doy a los planetas, / Mi verdad a los que viven en la Corte. / Mi candor y mi franqueza / a los jesuitas. A los bufones mi melancolía. / (...) / A los eruditos lego mi escepticismo. / (...) / A aquel por quien próximamente doblarán las campanas / doy mis libros de medicina. Mis manuscritos / de consejos morales entrego al manicomio. / (...) / Y yo no doy nada más. Al morir / desharé el mundo, porque el amor también morirá.

Y una obligada nota final: como nunca me haré a la idea de un Partenón policromo, tampoco podré imaginar una traducción al inglés de Quevedo o Valle-Inclán. Del mismo modo, un Donne traducido sólo puede ser la sombra de un cuerpo imaginado... Y, no obstante, hemos de agradecerles —a María Manent, Alberto Girri, Blanca y Maurice Molho, José María Martín Triana, Víctor Pozanco, Jaime García Terrés, Octavio Paz, Luis C. Benito Cardenal y, en esta ocasión Carlos Bolívar Gómez— el sacrificio, los intentos, el empeño, el incógnito esfuerzo de verter al castellano tan alto —que no metafísico— poeta.

(1) «Canciones y sonetos» de John Donne. Versión de Carlos Bolívar Gómez. Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

PREMIOS DEL MINISTERIO DE CULTURA PRO IV CENTENARIO DE SANTA TERESA

CON motivo del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa, el Ministerio de Cultura ha convocado recientemente tres premios nacionales: uno de estudios literarios sobre la obra de Santa Teresa, otro de poesía y otro de composición musical.

El premio nacional sobre estudios literarios versará sobre cualquiera de los aspectos de la obra de Santa Teresa de Jesús y a él podrán concurrir trabajos inéditos de in-

vestigación filológica o literaria sobre la misma sin tener en cuenta la extensión de los trabajos presentados. El premio será único e indivisible y estará dotado con quinientas mil pesetas. El plazo máximo de presentación de las obras será el 31 de julio de 1982.

El premio nacional de poesía está dedicado a exaltar la figura de Santa Teresa, y a él podrán concurrir cuantas personas lo deseen, con uno o va-

rios poemas inéditos, aislados o integrados en un libro. El premio será también único e indivisible y estará dotado con quinientas mil pesetas. El plazo de presentación será el 31 de julio de 1982.

Al premio nacional de composición musical en honor de Santa Teresa podrán concurrir compositores de nacionalidad española, con obras musicales originales e inéditas, compuestas para voz humana, acom-

pañada de piano o conjunto instrumental de cámara y tendrán una duración no inferior a quince minutos. El premio está dotado con quinientas mil pesetas.

Los jurados para los tres premios estarán presididos por el subsecretario de Cultura.

Las convocatorias de los dos primeros premios se publicaron en el «BOE» del 18 de septiembre y la de composición musical el 9 de octubre.

JORNADAS DEL BICENTENARIO DE ANDRÉS BELLO

EN nuestro número anterior conmemorábamos el II centenario del polígrafo venezolano Andrés Bello, publicando en texto de la conferencia de Rafael Caldera en las jornadas que tuvieron lugar en el Instituto Iberoamericano de Cooperación. Anunciábamos, además la publica-

ción de los extractos de las ponencias a las que habría de acompañar una reflexión del profesor Murillo, secretario de las jornadas. Un imprevisto viaje de dicho profesor y la acumulación de temas de actualidad nos hacen posponer nuestra intención.



Escribe PLACIDO

El cine independiente mexicano

ESTE fin de semana la Filmoteca Nacional se convierte en un escaparate retrospectivo de una de las figuras más importantes del cine mundial: Ingmar Bergman. De este director se han seleccionado seis películas extraordinarias: «Un verano con Mónica» (1956), «Pasión» (1969), «Persona» (1966), «La vergüenza» (1968), «El manantial de la doncella» (1959) y «Cinco salvajes» (1957). Sin embargo, el domingo por la noche, y a modo de introducción, se proyecta «Pueblo de Boquilla» (1981), de Angel Madrigal, dentro de la «Muestra de Cine Independiente Mexicano», con la que la Filmoteca pretende recoger lo más importante del cine «universitario» e «independiente» de Méjico.

Y ya que la hemos citado, no será malo explicar que «Pueblo de Boquilla» narra la lucha de los obreros de la industria eléctrica mexicana para la formación de un sindicato independiente. Esta película forma parte de una obra filmica que llega a España de la mano de Zafra, distribuidora mexicana con grandes aspiraciones culturales y loables objetivos educativos y formativos. Pero el cine mexicano que se verá la próxima semana es el producido y distribuido por el Departamento de Actividades Cinematográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). De Zafra, esta semana se ha exhibido una buena colección de cortometrajes («Departamento 5», «La persecución de Pancho Villa», «Atencingo», «Nicaragua hoy», entre otros) y algún largometraje que, como «Primer cuadro» (1979), de Oscar Menéndez, pretende mostrar la resistencia de un barrio frente al crecimiento de México capital con todo lo que supone de defensa de una cultura propia y un modo de ser diferenciado.

PERO ¿qué es el cine independiente mexicano? Pues bien: todo nació hace diez años y sucedió lo que tarde o temprano pasa en cualquier país en marcha. Con la década de los 70, un grupo de cineastas decidieron buscar alternativas de expresión cinematográfica propias ante el desolado panorama de una industria del cine que, paradójicamente, atravesaba una de sus más notables depresiones económicas, a pesar de que, como cuenta Gerardo Barrera, la casi totalidad de su producción se circunscribía exclusivamente a la realización de un cine de fácil consumo y regido por las reglas y criterios más comerciales posibles, erigido sobre la caracterización del gusto que tenía más que ver con el colonialismo económico y cultural que con la realidad cotidiana del mexicano.

EN este contexto, nace un cine independiente que poco a poco se diversifica ideológica, política y culturalmente y que se busca sus propias posibilidades de producción, distribución y exhibición. Es un cine que se caracteriza por la diversidad de sus componentes, por la constante transformación de la realidad propia del país y todo ello, para llegar, de una manera gradual y profunda, al planteamiento de variadas prácticas y razonamientos sobre qué cine hacer, cómo hacerlo y dónde exhibirlo.

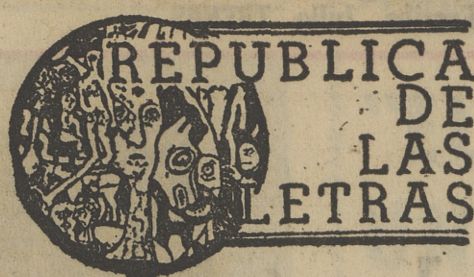
DESDE entonces, el cine independiente ha ido ganando un sitio en la difusión cinematográfica mexicana, y ello en base a dos razones primordiales: la movilización creciente y propia de sus receptores potenciales, y la creación y cimentación de estructuras de distribución que posibilitan la formación de más canales naturales de exhibición.

ESTA semana, pues, continúa la exhibición de la Muestra de Cine Independiente Mexicano, con siete películas que se enmarcan en lo que se llama en México «cine universitario» y que, en su totalidad, han sido producidas por la UNAM. Esta Universidad cuenta con un centro de estudios cinematográficos, una filmoteca, una productora y una distribuidora de cine. De esta manera, la producción universitaria se caracteriza por ser una sólida y permanente fuente que nutre el cine independiente mexicano.

COMO ha explicado la propia Embajada de México en España, citando fuentes de la UNAM, «el cine universitario, al igual que ha ocurrido de una manera general con el cine independiente mexicano, ha transitado por una serie de procesos ideológicos y estilísticos que dotan de una especial significación a cada una de las etapas que conforman su historia. Naciendo durante las luchas estudiantiles del año 1968, con la película «El grito», el cine universitario ha recorrido una notable variedad de métodos y formas de registro y aproximación cinematográficas a la realidad del país, pudiéndose observar la presencia de filmes cuyo objetivo primordial es el de dar un testimonio documental de los más importantes movimientos sociales y políticos contemporáneos, hasta filmes cuya relevancia descansa en la reinterpretación ficcionada y argumental del México actual».

ESTA semana veremos «Cuando Pizarro, Cortés y Orellana eran amigos», dirigida por Gilberto Macedo en 1979. «Ora si tenemos que ganar», realizada por Raúl Kampffer en 1978. «De todos modos, Juan te llamas» (1957), de Marcela Fernández Vialante. «Meridiano 100» (1974), de Alfredo Joskiewicz. «El cambio» (1971), del mismo director. «Cualquier cosa», de Douglas Sánchez, y «Constelaciones», también de Joskiewicz y realizada en 1980.

UNA visión de México, pues, absolutamente seria, rigurosa y política. Sin más folklore que el auténtico. Desde ahora México estará más cerca de los cinéfilos españoles.



Escribe Jacinto LOPEZ GORGE

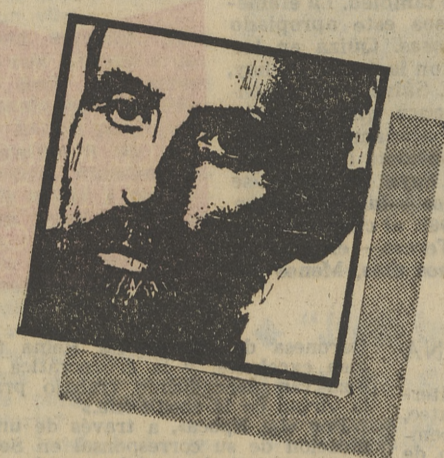
Cien poetas en peregrinación a Juan Ramón Jiménez

NO es cosa de todos los días que los poetas acudan en peregrinación a los orígenes de otro poeta, aunque en este caso se trate de Juan Ramón Jiménez. Porque no era un reducido grupo de amigos los que peregrinaban. Los que acudían a Moguer sobrepasaban el centenar. Y poner de acuerdo a más de cien poetas no resulta fácil. El centenario de Juan Ramón ha ocasionado homenajes, ciclos de conferencias, números extras de revistas y ediciones varias. Hubo hasta un importante congreso internacional que organizaron la Universidad de Sevilla y la Hispanoamericana de Santa María de la Rábida. Pero una peregrinación de poetas de toda España con el solo objeto de llegar a Moguer en itinerantes etapas para rendir viaje en la casa-museo Juan Ramón y Zenobia y depositar una flor en la tumba del andaluz universal, es acontecimiento que no puede quedar sin el debido relieve. Porque en la peregrinación participaban no sólo los poetas del Taller Prometeo de Poesía Nueva, que eran, con ser no pocos, los menos. Participaban también otros muchos de incuestionable calado y significación en el panorama poético español de los últimos cincuenta años. Hasta Jorge Guillén, al que si su ancianidad y quebrada salud no le permitieron estar en presencia física, si quiso sumarse en espíritu a los peregrinos, enviando un poema autógrafo escrito especialmente para que allí se leyera, lo que hizo magistralmente el actor Paco Valladares, peregrino también con los poetas. Y en Madrid, plaza de Santa Ana, antes de que el viaje se iniciara, Gerardo Diego en persona participó con un poema-homenaje por él leído en esa primera etapa madrileña de la peregrinación. Esta había comenzado el día anterior con un acto poético en el Ateneo, tras el cual los peregrinos fueron agasajados en la Diputación de Madrid. Otros homenajes juanramonianos de esta etapa inicial consistieron en el descubrimiento de una lápida en la casa que habitó el poeta: número 8 de Ortega y Gasset, antes Lista, con elogio de Juan Ramón a cargo de Luis Jiménez Martos. También se contó con Luis Rosales y otros poetas españoles e hispanoamericanos, como Luis López Anglada, Carlos Murciano, Alberto Baeza Flores, Horacio Salas y algunos más que en las etapas sucesivas ya no estuvieron.

DOS autocares repletos de poetas comenzaron la peregrinación itinerante en la tarde del viernes 9 de octubre. Juan Ruiz de Torres, director de Prometeo, con la colaboración de Angela Reyes, José Javier Aleixandre y Carlos Gar-

cia Osuna, se responsabilizaba de la organización. Santa Elena, primer pueblo andaluz tras Despeñaperros, esperaba con su alcalde al frente a estos poetas peregrinos. Rafael de Penagos recitó a Juan Ramón en la plaza pública. Y el grupo «folk» Silla de Nea, de Moguer, que ya había actuado en la etapa madrileña y no dejaría de hacerlo en todos los actos del itinerario, como un peregrino más, puso música cantada a los poemas juanramonianos de su repertorio, que entusiasmaron al pueblo sencillo que recibía a los poetas. Emocionaba ver cómo todos —hasta los niños— leían aquellos poemas de Juan Ramón que los del grupo moguerense cantaban y que habían sido incluidos en una breve antología repartida momentos antes.

EN Sevilla, a la mañana siguiente, comenzaba la etapa andaluza de la peregrinación. Allí se sumaron algunos poetas, Salustiano Masó, Francisco Garfias,



garon de madrugada. Y a los Jiménez Martos, Pérez Valiente, Manrique de Lara, Salustiano Masó, Francisco Garfias, Penagos, Juan Emilio Aragonés, Paco Salguero, Nicolás del Hierro, Diego Figueroa, Mellano Peralle, Elena Andrés, Florencio Martínez Ruiz, el griego Sarantis Anticoos, el palestino Mahmud Sobh, los hispanoamericanos y otros, se añadieron los nuevos peregrinos Alfonso Canales, Antonio Murciano, Francisco Mena Cantero, José Manuel de Lara y otros de distintas procedencias andaluzas. Un grabado con la efigie de Juan Ramón fue entregado con las firmas de todos a Rafael Escuredo, que los recibió y ob-

sequió en su despacho de la Junta de Andalucía. Sevilla era una fiesta de peregrinos a Juan Ramón, y al teatro Lope de Vega; a mediodía, acudieron los sevillanos en masa para escuchar a los poetas en este nuevo homenaje juanramoniano. Como a la caída de la tarde también lo hicieron cuando a la entrada de la Feria del Libro Iberoamericano, al pie de la Torre del Oro, se descubrió otra lápida con motivo del centenario y la peregrinación.

QUEDABAN las etapas onubense y moguerense —días 11 y 12—, que habrían de ser, naturalmente, las de mayor carga emocional, sobre todo la última. Huelva se volcó con los peregrinos. En el patio de su Ayuntamiento se descubrió una lápida preciosa —bellísimo bajorrelieve del escultor onubense Scisdedos— y oímos al alcalde, José A. Marín Rite, recitar de memoria, y muy bien por cierto, un soneto de Juan Ramón. Por la tarde, en otro acto poético, intervendría el presidente de la Diputación, Emiliano Sans de la Escalera, Diputación y Ayuntamiento rivalizarían en sus agasajos a los poetas, cuya jornada onubense se vio jalonada con un largo itinerario por los lugares colombinos, destacando la detenida visita al monasterio de La Rábida. Ya en Moguer, el sobrino y heredero de Juan Ramón, ese gran amigo de todos y moguerense de entrañable humanidad que es Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, fue nuestro mejor guía y cicorone, en unión de Francisco Pérez Serrano, director de la Casa de Cultura de Moguer, que abrió el acto poético de la iglesia de San Francisco, en el que no pudieron faltar, entre otros, los versos de Curro Garfias, moguerense también, como en todo Madrid —el Madrid de las tertulias y los ambientes literarios— se sabe.

MIENTRAS todo esto ocurría, en el vecino Palos de la Frontera los Reyes de España presidían otra serie de actos. Al comunicarle el alcalde de Moguer que un numeroso grupo de poetas peregrinos estaban aquella misma mañana ante la tumba de Juan Ramón, Don Juan Carlos pidió al alcalde moguerense que transmitiera a los poetas que le consideraran como un peregrino más. Y así lo hizo el alcalde cuando horas después se descubrió en la casa-museo Juan Ramón y Zenobia una última lápida conmemorativa del centenario y de la peregrinación, que, junto a otros muchos poetas españoles, habían rendido en Moguer, cuna y sepulcro del andaluz universal, los de ese entusiasta Taller Prometeo de Poesía Nueva.

Escribe Antonio HERNANDEZ

Los poetas andaluces se encontraron en su tierra

DESDE hace tiempo tengo la certidumbre de que un congreso de escritores, un encuentro de poetas o una reunión de gente con la lira cargada no sirve más que para conocer sitios, hartarse de guisqui, hablar mal de quien se lo merece o no y pasar miedo en el avión de vuelta cuando han declinado los ímpetus por conocer lo desconocido. Pero, curiosamente, mi última aventura en esa línea ha quebrado ya y, en consecuencia, mi convencimiento empieza a trastabillar, como los versos de cierto poeta joven consagrado que por cuidar en exceso la palabra se olvida que su mayor valor estriba en la relación a establecer con otras. Me refiero a las jornadas de diálogo sobre poesía que un grupo de poetas andaluces hemos mantenido en Rota, gracias a la afición naciente que los políticos están cogiendo por las cosas del verso libre, antes rima. Como en las calles. Allí, junto a la mar oceana que diría Pedro de Lorenzo, acallada en su relicho antiguo por el estruendo de los aviones yanquis no sólo nos hemos emborrachado plétoricamente, sino que hemos aprendido a comprendernos o, al menos, a interpretarnos en la risa. «La organización, pues, debe estar contenta, porque ya es difícil que los poetas, una vez reunidos lejos de sus lares, libres de sus compromisos cotidianos y desinhibidos de otros marcejes, como los de familia, den un ejemplo de compañerismo e incluso de disciplina», tal manifestó desde su complacencia el consejero de Cultura de la Junta de Andalucía, Rafael Román. Allí sólo hubo un lamparón, el cual, paradójicamente, acentúa aún más la intersolidaridad mostrada por los poetas: el boicot a la ponencia de un funcionario sevillano, ahora empeñado en lides de ritmo endecasílabo a pesar de su famoso mal oído, precisamente por su demostrada insolidaridad al reservarse el cierre del encuentro. Alguien dijo, con una gracia fónica apia, o sea homosexual, que quitaba importancia al contenido, que los últimos eran los primeros en el reino de Escuredo. Rafael Escuredo, nuestro presidente andaluz por cierto bastante más culto, más alto y más guapo que don Jordi, también estuvo allí con un precioso discurso informal, en el que puso de manifiesto su sensibilidad por el tema poético y en el que se declaró rendido devoto de Gustavo Adolfo Bécquer, Luis Cernuda y Juan Ramón Jiménez. Sólo le faltó marcarse unos versos de memoria para que se estremeciera el catalán honorable, que niega la existencia de nacionalistas andaluces, a quienes nos trata de anárquicos y destructivos y a los que pronto nos clasificará en la división de los bajitos, morenos, calvos e incultos. Como en el tópico. Y como él. Habló también el alcalde, socialista, de Rota, un hombre de Castilla la Vieja, que si en sus palabras aparecía como es, sería y sobria, tam-

bién apareció brillante y progresista, hasta el punto de conseguir la admiración de Carlos Edmundo de Ory. Nuestro exiliado voluntario, al preguntarle yo si le había gustado la intervención de Escuredo, me contestó desde su nirvana permanente: «Sí, muchísimo. Pero también me ha gustado mucho el alcalde de Ronda.» Ni el posible interés que pudiera haberle provocado el homenaje que le rendimos, y al que, en un gesto de finura, se unió el alcalde de Rota, le hizo caer en la cuenta de que aquella ciudad marítima donde pasábamos unos días no era la ciudad serrana de Pedro Romero.

EN realidad, estas fueron las cosas importantes de nuestros días en el Sur más hondo, amén del interés despertado por las ponencias sobre el Grupo Cántico: «La tardía poesía social andaluza», «Importancia de Julio Mariscal», «La poesía reciente en la zona oriental de Andalucía», «La joven poesía gaditana», etc. Decir que llegamos a la conclusión de que si la poesía andaluza existe es por lo que tiene de universalidad no reviste una especial importancia. Es cierto que las sesiones se dilataron, porque en estos festejos siempre hay alguien que va al copo de la pedantería y la estulticia más grosera, caso del funcionario referido, ahora metido a Nerón. Es cierto también que se llegó a compromisos ventajosos —apoyo económico de la Junta a los poetas andaluces, edición de una revista, publicación de las ponencias, proyecto de estudio para una editorial— cara a esta poesía nuestra del Sur, tan a trasmano de los intereses editoriales catalanes o madrileños. Y no lo es menos que los Pérez Estrada, Márquez, Ripoll, Heredia Maya, Soto, Urbano, Salvador Jofré, Jiménez Millán, Infante, Rossetti, etc., tuvieron la oportunidad de vivir unos días junto a las salidas insospechadas de Ory, la juventud metida casi en un siglo de Juan Bernier, las borcheras de Coca-Cola del gran Montesinos o el espectáculo que nos brinda Fernando Quiñones, hipotético pregonero de los obsoletos Juegos Rosarianos, casualmente celebrados por esos días, al querer convertir una fiesta absurda de sociedad en algo más palpitable que una novelita rosa.

CREO que el año que viene nos van a invitar otra vez y que el encuentro se celebrará en Granada. Como estos traslados se hacen para que nadie se moleste con centralismos que no existen, yo propondría que se celebre el encuentro en Ronda, ciudad igualmente mágica de la llamada Andalucía oriental. De cuajar mi propuesta, estoy seguro de algo: a Orly le gustará mucho el discurso que dé el alcalde de Rota.

Escribe Julio TRENAS

CON AUSENCIA DEL MUNDO
OFICIAL Y ACADEMICOEN OCTUBRE
DE 1882Se celebró
el III centenario
de Santa Teresa

POBRE, reducida a sus límites geográfico-históricos, fue la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Teresa de Jesús. El mundo oficial se desentendió de ella. El académico y culto también. La efemérides quedó relegada —aunque no sea este apropiado término— a las celebraciones religiosas. Quizá en los estamentos intelectuales, observados con la óptica de hoy, primaba un cierto dejo de machismo. Sálvese de la consideración la Universidad de Salamanca que compitió en el esplendor de sus solemnidades académicas con el boato de las fiestas litúrgicas. Por contraste con la conmemoración del cuarto centenario, cuya extensión se prolonga a lo largo del «año teresiano» —iniciándose en este octubre, para concluir en el de 1982, al cumplirse los cuatro siglos de la muerte de Santa Teresa— en aquella ocasión se le dedicaron solamente unos días. Menos de los que comprende una semana.

APENAS
DESBORDO
EL MARCO
RELIGIOSO
Y LITURGICO

◆ La Reina Cristina se preocupó de la edición de un libro de pensamientos de la santa

◆ Propiciado por el obispo de Sevilla fue editado, en facsímil, el manuscrito de «Las moradas»

● EN LA ESPAÑA SAGASTINA

SE enmarca el otoño de 1882 en la alternativa sagastina. Don Práxedes Mateo, apoyado por los fusionistas, había reemplazado a Cánovas el 8 de febrero de 1881. Disfrutaba del poder hasta agosto de 1883, acompañándole en la compartida prebenda el marqués de la Vega de Armijo. Alonso Martínez, Camacho, Martínez Campos, Albareda, Venancio González, León y Castillo y Pavia; una crisis parcial haría entrar a Romero Girón en Gracia y Justicia, Gullón en Gobernación, Gamazo en Fomento, Pelayo Cuesta en Hacienda y a Núñez de Arce en Ultramar, simultaneando Martínez Campos la cartera de Guerra con la de Marina. Por los días del centenario, Alfonso XII realizaba un viaje a Zaragoza y Huesca, inaugurando los trabajos para el ferrocarril de Canfranc; la Real Academia Española elegía por segunda vez —caducada la primera— como miembro de número a don José Zorrilla, quien, por fin, leería su discurso en junio de 1885, todo él en verso, contestándole en oscura prosa el marqués de Valmar; no obstante, tener éste también sus pujos de poeta. Así lo quiso demostrar al menos en un soneto, publicado en loor de Santa Teresa, en «La Ilustración Española y Americana», en contribución lírica al centenario. Cantaba a la mística doctora el marqués en el último terceto:

«Tú eres del mundo admiración y ejemplo;
puro diamante que la Iglesia alumbró;
firme columna del cristiano templo.»

● OTRO CENTENARIO

COINCIDIA en la consideración de los devotos españoles, otro centenario con el de la Santa de Ávila. Se cumplían, en aquel mes de octubre, los siete siglos del nacimiento de San Francisco de Asís. Registraba el hecho la «Ilustración»: «Espectáculo verdaderamente consolador el que ofrecen otra España e Italia recordando con manifestaciones de respetuosa veneración las virtudes de Santa Teresa de Jesús y de San Francisco de Asís.» La peregrinación que constituyó la exclusiva celebración teresiana resultó simultánea a la peregrinación española a Roma, celebrada a primeros de octubre y encabezada por los obispos de Teruel, Zamora y Sigüenza, representando este último al cardenal primado. El Pontífice reinante, León XIII, recibió a los peregrinos, llevando su atención a concederles dos audiencias. En ninguna aludió a Santa Teresa. Al menos eso se desprende de las referencias periodísticas.

● HOMENAJE EDITORIAL

INDEPENDIENTEMENTE del certamen poético que organizaría la Universidad de Salamanca, el aspecto literario de la celebración resultó mínimo. Vale señalar, sin embargo, una buena intención editorial, representada por la publicación de dos libros. Del primero nos da noticia «La Ilustración Española y Americana»: «La Junta de Señoras, presidida por la Reina, ha rendido un tributo que, a nuestro juicio, es, después de las fiestas religiosas, lo más apropiado para conmemorar a Santa Teresa. Su Majestad la Reina Doña Cristina deseó que hubiese un libro a manera de almanaque teresiano, en que tuviesen los católicos, para cada día del año, un pensamiento de la Santa que leer y meditar. El libro fue encomendado a una ilustre escritora, y ya está impreso con el título de «Pensamientos de Santa Teresa extractados de sus obras» por la

Baronesa de Cortes. La Reina tuvo una idea excelente, y la aristocrática escritora hizo tan delicadísimo trabajo practicando la virtud de la obediencia.»

Por «La Epoca», a través de una comunicación de su corresponsal en Sevilla, tenemos conocimiento del segundo: «Sabedor Su Eminencia —dice refiriéndose al cardenal obispo de Sevilla— de que, como precioso tesoro, las monjas del convento de San José conservaban el manuscrito de la mejor de las obras que brotara de la pluma de la Santa, se propuso que del mismo se hiciera una edición autográfica bajo su dirección y en su palacio. Dirigióse por medio de carta a la reverenda madre priora de aquel convento, encargándole que entregase el manuscrito a su bibliotecario, el ilustrado presbítero, señor Morgado, y encomendó al establecimiento litográfico del señor Moyano la autografía. El citado presbítero señor Morgado ha escrito, por vía de ilustración, y obran en el volumen, tres artículos tan curiosos como eruditos.» Aclararé que el libro cuya publicación en facsímil promovía el prelado sevillano no es otro que «Las Moradas».

● ENTRE LAS «NOTAS DE SOCIEDAD»

UNA de las primeras noticias sobre la conmemoración teresiana salta en una columna titulada «Ecos madrileños», de «La Epoca», en la línea de las «notas de sociedad», firmada con el seudónimo de «Almaviva». Da pena, no obstante, la presumible buena fe con que se hacía, considerar la escasa grandeza y ambición con que se enfocaba el centenario de quien, por disposición de Felipe III, en Cortes reunidas en Madrid el 24 de octubre de 1617, fue declarada patrona de todos los reinos de España; declaración confirmada por las primeras Cortes de sistema moderno: las de 1812. La amplia gaceta merece la transcripción completa:

«Muchas distinguidas damas españolas piensan asistir al centenario de Santa Teresa de Jesús, que se celebrará en Ávila. La aristocracia da prueba de sus sentimientos religiosos. Algunas familias han formado parte de la peregrinación a Roma, y por cierto que su regreso no se hará aguardar. La señora de Zulueta, por ejemplo, llegará mañana. Otras señoras, como digo, se pre-

- ◆ Un certamen literario en que todos los premios fueron para las mujeres
- ◆ La peregrinación a los lugares teresianos, incluida en los «ecos de sociedad»

paran a emprender el viaje a la ciudad donde nació la seráfica doctora. Entre las piadosas viajeras figuran la duquesa de Vista Hermosa, la condesa de Heredia Spínola, la marquesa de Guadalest, la condesa de Villalobos, la señora de Cubas y otras cuyos nombres no me vienen a la memoria. S. M. la Reina les ha regalado una preciosa medalla de plata para que la lleven al pecho en la procesión, una excelente fotografía de la Santa y el libro de la señora baronesa de Cortes, que contiene los más bellos pensamientos de la ilustre escritora. Algunas señoras saldrán de Madrid el día 11; otras sólo pasarán en Ávila los días 14 y 15. Estos días predicará en aquella ciudad el padre Cardona. Se espera en Madrid a las comisiones católicas de Francia y Bélgica, que vienen a asociarse a esta gran manifestación religiosa. El traje adoptado por las señoras para la peregrinación es el negro con manto.»

● A ALBA DE TORMES EN DILIGENCIA

FERNANDEZ Bremón, comentarista de «La Ilustración Española y Americana», acierta a ver un cierto aire populista en la celebración: «La peregrinación a la cuna y al sepulcro de Santa Teresa de Jesús —escribe— y las festividades de su centenario, tienen un sello especial. Es una fiesta o romería popular; es la exaltación de la mujer, es un acontecimiento literario y un acto religioso. Tiene la decoración de la Edad Media en las murallas de Ávila, su antiquísima basílica y su majestuosa catedral, que guarda las cenizas del Tostado.»

En «La Epoca» se incluía el 10 de octubre el programa de la peregrinación, dirigida y autorizada por el excelentísimo cardenal arzobispo de Toledo y los excelentísimos señores Patriarca de las Indias y obispos de Ávila y Salamanca. Se saldría el día 14, a las siete de la mañana, de la estación del Norte, «llegando a Ávila, cuna de Santa Teresa, a las 12 de su tarde». Los peregrinos permanecieron en la ciudad castellana este día y el siguiente, «con objeto de asistir a las funciones religiosas». El día 16, a las 12.36 minutos de la tarde, partirían para Medina del Campo, en donde a su llegada habría dispuesto un tren especial para conducirlos a Salamanca. Lo más pintoresco del programa era el traslado en diligencia, desde allí a Alba de Tormes; «en dicho día 16 o al siguiente, 17, según conviniera a los peregrinos». En Alba estaba prevista la asistencia a una solemne función religiosa, terminada la cual se volvía a Salamanca para salir el día 18 en dirección a Madrid, sin detención alguna. Los peregrinos podían inscribirse en la parroquia de San José, de Madrid. Las empresas de los ferrocarriles del Norte rebajaban el 50 por 100 del billete a los viajeros de segunda y tercera.

● EL TESTIMONIO GRAFICO DE JUAN COMBA

LAS imágenes de los actos del centenario llegaron a los madrileños y a los españoles del resto de las provincias, a través de los apuntes de Juan Comba. En unión de Fernando Araujo completó el dúo periodista-fotógrafo de la información actual, sustituida la «leika», por el lápiz y la diestra mano. Hubo mucho orador sagrado. No cabe duda de que la Santa sería analizada en su personalidad espiritual, en su significación mística, sin olvidar el alcance de su obra literaria. De todo ello apenas quedó nada —verba volant—, ya que nadie se ocupó de imprimir los textos.

Plausible comentario se estampa en las reseñas para las intervenciones de don Jacinto Bueno, licenciado y magistral de la catedral de Ávila. En Alba —dice un corresponsal— entre los oradores sagrados, y los hubo muy buenos, se distinguió el señor Sánchez de Castro, lectoral de León, hermano de un catedrático de Literatura de esta Universidad (la de Salamanca, desde donde escribe), desconocido de sus discípulos, y al que retienen en la corte, con grave daño de la enseñanza, sin duda que perentorias obligaciones, lo cual es muy de lamentar.»

Hubo asimismo en Ávila un ciclo de conferencias, organizado por el Casino Hijos del Trabajo. Sólo encontramos noticia de una de ellas, la que pronunció don Juan Guerra, desarrollando el tema «Relaciones de la vida de Santa Teresa con la del obrero en familia».

● MUJERES PREMIADAS

EN el Seminario salmantino tuvo lugar un acto solemne para dar a conocer los premios del certamen teresiano. Asistieron los obispos de Salamanca y Zamora, el académico don Manuel Cañete, que no olvidaría sus propios versos, los gobernadores civil y militar, el rector de la Universidad y el claustro universitario, y gran número de señoras. Hubo el espectáculo —caritativo y deprimente— de la entrega de 50 trajes a los niños pobres. El día 17 se celebró un acto literario en la Universidad, organizado por la Comisión Escolar y otro esa misma noche en el Casino, con intervenciones de doña Josefa Estévez de García del Canto, don Silvestre Ortiz, don Manuel Villar, don José Luis López Alonso, don Domingo Doncel, su hijo don Ignacio, don Ramón del Barco y don Fernando Araujo.

Los premios del certamen recayeron, en su totalidad, en participantes del sexo femenino. No eran gran cosa: el de la Universidad —un alfiler de oro y filigrana con brillantes, que le entregó el gobernador— fue para doña Josefa Estévez de García del Canto. El «soberbio jarrón de plata regalado por el duque de Alba», y la pluma de oro y ágata del diputado a Cortes don José García de Solís, fueron para doña Purificación Camela Coccia, de Tarragona, y doña Francisca Sarasate de Mena, de Pamplona; la escribanía de plata, ofrecida por el ilustrado madrileño don Francisco de Santos, para doña Teresa de Guzmán el Bueno, de Béjar. Con lujosos ejemplares de las obras de Santa Teresa y fray Luis de Granada, donativo del Ayuntamiento albense y del Cabildo salmantino, fueron obsequiadas, por sus trabajos, doña Victoria Peña de Amer de Barcelona, y doña Joaquina Balmaseda, de Madrid.

● UN CALIZ DEL PAPA

SU delicado estado de salud impidió al cardenal Moreno, arzobispo de Toledo, desplazarse hasta Alba de Tormes, y dio su representación al Patriarca de las Indias. El obispo de Zamora, doctor Belestá, había sido designado por León XIII legado pontificio y llevó hasta Alba de Tormes el caliz de oro ofrendado por el Papa a la Santa. Las celebraciones del tercer siglo de la muerte de Teresa de Jesús resultaron brillantes en el marco geográfico de su biografía, en el aspecto religioso y en el universitario. El mundo oficial las ignoró. La Academia tampoco quiso enterarse. En el cuarto centenario —esperémoslo— todo irá mejor.